


# ¿ DIMENSIÓN ? ¡ CERO !

JOHNNY GARLAND

El esquiador llegó sin novedad al final. Hubo aplausos entre los espectadores, sentados en la galería alta de la residencia, frente por frente a la ladera blanca.

—¡Bravo, bravo! —corearon algunos, entusiasmados—. ¡Ha sido perfecto!

—No del todo —consideró, encogiéndose de hombros, el personaje de cabellos canosos, ralos y escasos, que lucía una corta bata blanca—. Se puede hacer aún mejor. Veamos ahora la señorita Brampton…

Agitó una mano. Arriba, en la ladera, una figurita de llamativo suéter verde, se lanzó a la ladera. Sus esquíes repitieron el doble surco. Zigzagueó con mayor limpieza aún que su anterior oponente. El hombre de la bata blanca asentía, entusiasmado.




Johnny Garland

# ¿Dimensión? ¡cero!

## Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 284

**ePub r1.0**
LDS 06.12.18

Título original: *¿Dimensión? ¡cero!*
Johnny Garland, 1962
Cubierta: Beaumont
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



# Pórtico

Hay cosas que nadie sabe cómo pueden llegar a suceder.

Así ha ocurrido siempre con todo lo que es trascendental en el devenir del tiempo, en el transcurso de la historia del mundo. A veces, cosas que hubieran podido alterar esta historia, esta sucesión inexorable de hechos, que luego recogen las crónicas y refieren los humanos, pasan inadvertidas a los seres humanos, con excepción de unos pocos y privilegiados seres; justamente los que vivieron el hecho en sí.

Algo parecido tuvo que suceder entonces.

Pudo haber ocurrido en cualquier otro momento de nuestra historia. En cualquier otro instante de la historia de nosotros, los humanos.

¿O será mejor que diga de vosotros, los humanos?

Sí, creo que va a ser mucho mejor así. Después de todo… yo no soy humano.

No, no lo soy. Pertenezco a vosotros, es cierto. Estoy con vosotros, y con vosotros vivo vuestra sorprendente y singular historia, ese devenir constante de nuevos portentos y nuevas audacias que es la vida humana sobre la corteza de su pequeño, insignificante, pero hermoso planeta.

No creáis que os desprecio. No, no podría hacerlo. O tendría que despreciarme a mí mismo. Yo estoy viviendo entre vosotros, siguiendo vuestro propio destino.

Oh, creo que he dicho una tontería. ¿He hablado de vuestro destino? Claro que tengo que seguirlo. Estoy obligado a ello. No podría hacer otra cosa.

¿Por qué? ¿Me habéis preguntado por qué?

La respuesta es sencilla; porque yo… Yo… soy vuestro destino.

El tuyo, el de aquel otro, el de tu hermano, el de tus padres, tus hijos… Sí, yo soy el destino.

La gente me culpa de muchas cosas, en las cuales no tengo la menor participación. Creo que los propios humanos, con sus aciertos o errores, con sus vilezas o sus sublimidades, con sus amores y odios, sus audacias y sus miedos, crean su destino lentamente. Golpe tras golpe, acto tras acto. Es como el escultor que ha creado su obra a golpe de cincel. Sí. Vosotros sois los tremendos escultores de vuestro tremendo futuro. Vosotros modeláis, con los golpes de cincel de vuestra alma, vuestro cerebro, vuestro corazón o, simplemente, de vuestro instinto, la figura escultórica de vuestro Destino.

Pero, claro, alguien carga siempre con las culpas ajenas. Y ese alguien soy yo.

No puedo participar activamente en vuestras propias acciones. Me limito a ver, a contemplar. A elegir a mis preferidos, a despreciar a quienes no alcanzan mis preferencias, aunque a veces, ellos las merezcan más que otros… Se supone que soy caprichoso e injusto. Bueno. Tal vez lo sea.

Sin embargo, no todo es por mi culpa. Vosotros; sí, vosotros tenéis la culpa de casi todo. Añadid el resto a mi cuenta. Y pasadme alguna vez la factura… si podéis.

Ironías aparte, yo no tengo culpa de que hayáis tardado veinte siglos en descubrir lo que ocurre. Veinte siglos de Era Cristiana, se entiende. Porque ya antes, otros muchos pudieron descubrirlo. Y fueron tan tontos como vosotros.

No supieron ver que el peligro estaba tan cerca. Es curioso, pero siempre el mayor peligro, la amenaza que no sabemos ver, es la que está sobre nosotros. Ha ocurrido en otras cosas, claro. Pero especialmente… en ésta.

Hubo que esperar durante miles de años de vida humana para descubrirlo. Y aun así, sólo un error, una tontería, una serie de fantásticas, de asombrosas y casi imposibles casualidades, pudieron desvelar el misterio del que nadie tenía noticias.

Bueno, eso de nadie… Yo, sí. Yo sabía… Pero no podía decirlo, no podía hablar. Dios no me dio voz para intercambiar con vosotros una sola palabra. Ya os he dicho que me limito a seguiros, a contemplaros, a reírme a veces… y a llorar otras. Por vosotros, por

culpa vuestra, claro está.

Sí. Aquello existía ya. Estaba aquí mismo, entre vosotros. Lo teníais cerca, terriblemente cerca, día tras día. Año tras año, siglo tras siglo…

Quizás hubieran pasado otros veinte siglos de la Era Cristiana, sin saberlo nadie, sin sospecharlo nadie, sin ponerle remedio…, de no haber sucedido todas aquellas cosas. De no haber existido una mujer que tenía una bella voz y unos hermosos ojos, de no existir, en otro lugar muy distante, un hombre que nació para el arte…

Ya sé que todos dirán que precisamente yo tuve que unirles y hacer posible que coincidieran en un lugar, en un momento, en un punto determinado de sus vidas. Les confieso que no tuve nada que ver en ello. Son cosas que ocurren. A veces, a espaldas del Destino. Pero ¿quién podría creerme? Y, después de todo, si no me pueden oír, ¿cómo van a saber que estoy hablando solemnemente de cosa alguna?

Lo cierto es que ocurrió. No importa a quién ellos atribuyan lo sucedido. No importa lo que nadie diga. Lo que importa es que el gran enigma se desveló de repente. Y, de repente también, supo la Humanidad que existía esa famosa, hipotética, teórica Cuarta Dimensión…

No, no estoy refiriéndome a Einstein. Con todos mis respetos hacía el gran hombre, su Cuarta Dimensión no me sirve. No es de la que yo estoy hablando. Y, si realmente esa Dimensión einsteniana existe, más allá del campo de la teoría…, entonces no hay cuatro dimensiones, sino cinco.

Pero yo no le llamaría la Quinta Dimensión. No. Sería un error. Más bien podría decirse que nos hallamos, de repente, ante una Dimensión insospechada, increíble y diabólicamente real…

¿Les gusta que la llamemos… «Dimensión Cero»?

Bueno, no sé si les gusta. Pero a mí sí. Y quizá «mis» personajes estén de acuerdo conmigo. Era la auténtica «Dimensión Cero» de la Humanidad, del mundo que todos ustedes conocen.

Ya les dije antes que yo lo sabía. Estoy obligado a saberlo. Como estoy obligado a saber muchas otras cosas, y, sin embargo, nunca hablo de ellas. Espero, simplemente, a que los humanos las descubran por sí solos. Curiosa gente la de la especie humana, con toda sinceridad. A veces, les considero unos grandísimos tontos.

Otras, me admiro de su inteligencia, su sagacidad, su instinto o como ustedes quieran llamarlo.

Sólo a base de todo esto pudo ser posible la historia del descubrimiento de la gran amenaza, del terrible y cercano horror que siempre ha vivido junto a nosotros, sin que nadie lo imaginara siquiera.

Sí. Ellos, los humanos, fueron capaces de descubrirlo repentinamente. Fueron capaces de luchar contra ello, de dominar su horror, su incredulidad, su propio miedo, para comprender que justamente en aquella coyuntura estaba la razón total, el «ser o no ser» shakespeariano, aplicado a la especie humana. Y que había que luchar.

¿Se ganó la lucha? ¿Se perdió? Bueno, ésa es justamente la historia. La historia de mis criaturas. Y es la historia, también, de esa tremenda, alucinante, pavorosa y terrible «DIMENSIÓN CERO»…

# Prólogo

## SANGRE

*«… y en la noche cálida y lluviosa,*
*sueña contigo*
*mi triste corazón».*

Era el lánguido final de siempre. La cadencia que remataba aquel fox lento, con aires de *blues* negroides. Y era también el momento en que siempre le aplaudían. Rabiosa, entusiásticamente. Con los ojos brillantes y la respiración agitada, aunque esto último no tuviera nada que ver con la melodía ni tan siquiera con su melancólica letra.

Aplaudían cálidamente, sí. Como cada noche.

También, como cada noche, el foco blanco se apagó en la oscuridad de la pista. La oscuridad total duró apenas un segundo. Luego fueron todas las luces las que se encendieron. Luces tamizadas, tenues, para dar ambiente. Y un mar de focos multicolores centrados en ella. En su figura vibrante, erguida, sobre la cual reptaba el rojo y negro de su traje, ceñido como una segunda epidermis a su figura esplendorosa y sensual.

Agradeció los aplausos con la inclinación habitual, casi mecánica. Sin sorpresa. Sin entusiasmarse por el éxito. No tenía por qué hacerlo. Ella siempre tuvo éxito. Antes y después de ser famosa a través de los discos. Podía cantar bien o mal, según el criterio de unos y otros críticos. Pero su actuación personal, su electrizante presencia física, nunca podía resultar un fracaso. Especialmente, si

el público, como en The Star, era de aplastante mayoría masculina.

Hizo mutis entre las cortinas rojas, pesadas y brillantes. Las luces se tamizaron aún más, a medida que se extinguían los aplausos. Era como si ambas cosas estuvieran perfectamente sincronizadas de antemano.

Emergió una plataforma giratoria, con otra orquesta, de refulgentes uniformes plateados y grises. Atacaron un *rock* lento. Más o menos, también, como siempre.

Entretanto, al otro lado de la cortina roja, un pasillo angosto, entre trastos y útiles para montar los diversos escenarios de las atracciones del *show*, la figura de la cantante, ya por el camino, despojándose de su ceñido traje, la conducía directamente a su camarín.

Cuando llegó a él, su vestido casi había salido totalmente. Pero la diferencia entre llevarlo o no llevarlo no era tan grande como pudiera parecer. Y, eso, ella lo sabía. Había formado parte de su éxito durante mucho tiempo.

Ahora, el éxito no parecía importarle. Quizás le importaba en realidad menos que nunca.

Bajo el maquillaje, denso y de fuerte tono, para compensar la cruda luminosidad de los focos, allá en la pista, podía advertirse su palidez. Allí dentro, naturalmente. En la pista, nadie lo hubiera notado. Además, poca gente miraba precisamente a su rostro, a pesar de que Lana Lake no era precisamente fea ni mucho menos.

Se miró en el espejo.

Se asustó de sí misma.

Por un momento, creyó que miraba a un espectro, a un raro fantasma reflejado en el ovalado cristal de azogue, cercado de bombillas mate, ante el que se maquillaba cada día, antes de salir a divertir a aquellos energúmenos de «*smoking*» impecable y modales impecables… en apariencia.

Solamente sus hermosos, sus verdes ojos, luminosos y amplios, parecían los mismos de siempre. El resto era una carátula, una máscara de lividez y de terror.

Terror…

Sí, era eso. Tenía miedo, mucho miedo. Miedo a que las cosas llegaran a su crisis inevitable…

Nunca debió acceder a la petición del sargento Wallace. Era fácil

pedir cosas así, cuando se es policía y no se corre peligro alguno. Pero ella… Ella sí estaba en peligro.

Decían que existe algo llamado «deber cívico», que le obliga a uno a declarar ante la Justicia, «si ha sido testigo de algo delictivo y el testimonio de uno puede servir para administrar Justicia».

Ella había sido testigo, naturalmente. Pero ¿por qué se metería a declarar, a ofrecer su apoyo a la Justicia, si ésta no le daría nada más que sinsabores, preocupaciones de cabeza… y ninguna protección, llegado el caso?

Sí, Lana Lake sabía que allí, fuera del local, habría ahora dos policías de uniforme, vigilando alrededor. Y quizás otro más en la sala. Pero ¿qué podía significar eso frente a gentes como «Lucky» Moran?

«Lucky» Moran llegaría hasta ella, o haría llegar a sus esbirros, cuantas veces le viniera en gana.

Así era él.

Poseía recursos sobrados para eso, y para mucho más.

Lana Lake hubiera querido volverse atrás. Lo deseaba con toda su alma, ésa era la verdad. Que se las arreglara la Justicia para condenar al amigo íntimo de Moran, al rufián de Joey Carruthers, por el doble asesinato en la Calle Noventa y Dos. Ella no testificaría. En modo alguno pensaba hacerlo. Si su amigo, el bueno de Greg Scofield, que la acompañaba en el momento del doble crimen, contándole sus cuitas amorosas con Sally Bates, la bailarina del «Variety», prefería seguir ayudando a la policía con su testimonio, que lo hiciera. Ella no quería jaleos. Y no los tendría.

Abrió su bolso. Frenéticamente, buscó la tarjetita que le diera el sargento Wallace. Allí estaba el número telefónico a que podía llamarle, después de las doce de la noche, el teléfono de su casa. Y, ahora, eran casi las dos.

Con la tarjeta en su mano temblorosa, sin importarle ir casi desnuda por el camarín, se dirigió al teléfono interior, para pedir línea exterior y hablar con el sargento Wallace urgentemente.

Quizás en ese simple hecho estuvo todo; su destino, su porvenir… y el de muchos otros. Todo dependió, simplemente, de un hecho. Y de los segundos que tardó en llegar, de su última vacilación junto al teléfono…

Antes de que llegara a descolgarlo, en un repentino gesto de

resolución, fue el aparato el que tintineó, estridente.

Sobresaltada, la joven retrocedió dos pasos. De su mano, cayó la tarjeta, que revoloteó, mientras ella ahogaba un gemido de terror, y el teléfono seguía sonando.

Con un último gesto de determinación, estiró la mano, aferró el teléfono, dominando su pánico, y descolgó el auricular.

—¿Dígame? —preguntó, con una voz que difícilmente reconoció como la suya propia.

—¿Señorita Lake? —preguntó alguien.

—S… sí… —tartamudeó con dificultad—. Yo soy… ¿Quién es usted?

—Le habla el fiscal, señorita Lake. El fiscal encargado de acusar a Joey Carruthers de doble asesinato…

—Oh, entiendo. Ahora mismo iba a llamar yo al sargento Wallace para…

—La llamo para pedirle que no se mueva del local en que trabaja, sin estar bien segura de que un policía la escolta, señorita Lake.

—¿Por qué, señor fiscal? ¿Por qué tantas precauciones? Yo he resuelto…

—Espere aún. No decida nada. Tengo algo doloroso y lamentable que comunicarle.

—¿Doloroso… y lamentable? —Se sintió cortada, confusa—. No entiendo bien…

—Se lo diré más claramente. El otro testigo, su amigo Greg Scofield… ha sido asesinado, apenas hace dos horas.

—¡Dios mío, no…!

—Sí, ha ocurrido así. Le acribillaron desde un coche que se dio a la fuga. Está muerto. Ha sido muy penoso tener que notificar esto a su novia, la señorita Bates…

Lana Lake, mortalmente pálida apretó los labios. Después, resueltamente, habló con voz ronca:

—Es… es horrible, señor fiscal. ¿Por qué me comunica eso?

—Para recordarle, que, ahora, es usted el único testigo. Y, sinceramente, no me sorprenderá nada, ni tendré cosa alguna que reprocharle, si se niega usted a declarar en el proceso. Tendrá que identificar a Carruthers como el asesino, y ahora, cuando solamente queda usted con vida, el riesgo es mucho mayor. Deseo, más que

nadie, administrar Justicia. Pero no a costa de su vida, señorita Lake. De modo que en su mano está…

—Yo… yo… iba a llamar ahora al sargento Wallace para…

—¿Para negarse a ser testigo? La comprendo muy bien. Será un doloroso golpe para la Justicia, pero… otros peores hemos sufrido ya, señorita Lake…

Mientras el fiscal hablaba, Lana Lake pensaba en el infortunado Greg, su buen amigo…, en la pobre Sally Bates, ahora sin novio, sin boda, después de alimentar sus sueños durante años…

Sintió un odio profundo, terrible, irreflexivo, contra los seres capaces de tanta monstruosidad. Una rebeldía innata contra la violencia y la coacción criminal… De repente, casi sin saber por qué lo hacía, se sorprendió, diciendo al teléfono:

—No, señor fiscal. Precisamente iba a llamar al sargento para ratificarme en lo dicho. Declararé contra ese hombre, a pesar de todo. Y más aún después de lo de Greg Scofield…

Luego, colgó.

* * *

Abrió con cautela la puerta del escenario. Asomó a la calle, desierta y silenciosa.

Ya no quedaba apenas nadie en «The Star». Y nadie en las calles, a juzgar por la panorámica de la larga calleja, charolada por la lluvia. Respiró con fuerza. Luego, se armó de valor, y pisó en asfalto mojado.

Al otro día era la vista del proceso. Todavía con el cuerpo de Greg, casi caliente, sobre la losa de la Morgue… Se estremeció. Avanzó, rígida, hacia la esquina.

Una silueta, se despegó de la esquina aquélla. Se detuvo, alarmada, inquieta. Luego, respiró aliviada. Era un policía. Descubrió su uniforme azul oscuro, su sonrisa alentadora, amable, viéndola venir.

—Suenas noches, señorita Lake —saludó el policía—. Hay un coche esperándola. Suba. Yo la acompañaré. Son órdenes.

—Sí, el fiscal ya me lo dijo —sonrió Lana, más calmada. Junto al hombre fornido, de uniforme, se sentía segura—. Será mejor que no me pierda de vista. Mataron al otro testigo esta misma noche.

Ahora, sólo quedo yo.

—¿Ya sabe eso? —se sorprendió el agente, acompañándola al coche negro, particular, parado frente al local.

—Sí. Ya sé que soy el único testigo ahora —se tocó los ojos sonriendo—. Mis pupilas pueden llevar a la silla eléctrica a Joey Carruthers. Curioso, ¿verdad? Pero ese cobarde asesino lo merece. Tanto como su odiosa pandilla de bandidos. Yo le veré en el juicio. Yo declararé, si realmente fue quien disparó sobre aquellos dos hombres, en la Noventa y Dos.

—La felicito por su firmeza de ánimo —sonrió el policía, ayudándola a entrar en el coche, donde ya otro policía aparecía sentado al volante—. ¿Y está muy segura de lo que vio?

—Tan segura como de que le veo ahora a usted —aseveró ella, clavando sus grandes ojos verdes en el agente uniformado—. ¿Vamos, amigo?

—Sí, vamos ya —asintió el agente, echando antes una mirada en torno, para comprobar que no había presencia sospechosa alguna en torno suyo. Se acomodó junto a Lana Lake, y tocó la espalda a, su compañero del volante—. Adelante, Fred…

El automóvil arrancó suavemente, deslizándose por el asfalto, negro y espejeante por la lluvia.

«The Star» y su luminoso quedó atrás. Lana se acomodó en el asiento, sintiéndose tranquila junto al hombretón uniformado.

—Es curioso —dijo de repente.

—¿El qué? —indagó el policía.

—Iba a renunciar a ser testigo, esta misma noche. Y entonces, supe que esos canallas, habían matado a Greg. Greg era un buen chico, un antiguo compañero de trabajo. Sólo por él haría lo que voy a hacer, agente…

—Chica valiente —sonrió él. Miró hacia sus ojos, verdes y grandes—. Unos ojos privilegiados, ciertamente. No sólo por su belleza, sino por lo que vieron. Cuídelos siempre, señorita Lake.

—Lo procuraré —sonrió ella.

El policía hundió la mano en un bolsillo. Extrajo una pitillera de plata, que centelleó, deslumbrante. Ofreció, con una sonrisa:

—¿Un cigarrillo?

—Sí, gracias. Siempre calma los nervios…

El agente uniformado abrió la tapa de plata. El coche volaba ya,

por callejas mojadas, desiertas, en cuyo asfalto cabrilleaban los reflejos de las luces urbanas.

Lana Lake se estremeció de repente, súbitamente lívida. Sus ojos se clavaron, con estupefacción, en la pitillera abierta por el policía. Allí no había cigarrillos, y sí únicamente un recipiente circular, metálico, cuya tapa de plástico transparente había alzado el agente. Un líquido amarillento, humeante, y acre, aparecía en el cuenco de plata. Su vapor irritaba, hacía llorar. Olía a un fuerte corrosivo…

—Lo siento —dijo el policía—. Lo siento, señorita Lake…, por sus ojos.

Luego, le arrojó el contenido de la falsa pitillera al rostro.

* * *

Lana Lake lanzó un terrible, angustioso grito. El líquido vaporoso, ardiente, cayó sobre sus ojos. Ella los cerró…

Pero ya era tarde. El corrosivo había penetrado en sus órbitas, pareció abrasarlas, romperlas violentamente…

Su grito de terror se convirtió en un alarido espantoso, escalofriante, en el que la angustia, el dolor y la desesperación, se unían de modo patético…

Luego, al abrir de nuevo los párpados, ya no vio nada. Absolutamente nada, salvo negruras, mientras por su rostro corría algo, líquido o vapor, abrasando su piel, después de haber destrozado sus ojos…

Estaba ciega. Lo sabía. El vitriolo o lo que fuese, había quemado sus pupilas. Ahora, no identificaría jamás a nadie, no vería a nada ni a nadie nunca jamás…

—¡Ciega! —gritó, con un horrible chillido—. ¡Ciega…!

El coche se había detenido. Tanteó ante sí, sin encontrar a nadie. La portezuela estaba abierta… Un soplo de aire húmedo azotó su faz, aliviando en parte el terrible dolor de sus heridas, de las abrasadoras mordeduras del corrosivo en su rostro, en sus ojos especialmente.

También había debido de huir el falso policía del volante. Estaba sola, sola y sin vista…

Salió al exterior, pisó el asfalto, con las manos extendidas, desesperada…

Un automóvil hizo sonar su claxon, no lejos de allí. Ella esperó. Quizás los faros herían su rostro, pero no podía advertirlo. Alguien gritó, la llamó, con energía:

—¡Estúpida! ¿Es que no ve por dónde va…?

Luego, hubo algo. Un chirrido de frenos, un duro golpe, con la aleta metálica de la parte delantera de un vehículo… Rodó por el suelo, perdió la noción de todo…

Allí terminó su consciencia. Ya no sentía nada. Yacía inerte, sobre el asfalto, casi con el neumático de un automóvil sobre su cabeza, abatida en un charco…

—Algo le ocurre a esa chica —dijo alguien—. Parecía ir a ciegas…

Pero ella no escuchaba ya. Absolutamente nada. El conductor del coche que estuvo a punto de atropellarla, se inclinó, tomándola en brazos, la metió dentro del coche. Luego, declaró:

—No parece bebida. No huele a alcohol. La llevaremos al hospital, y que la examinen allí.

—¿Has visto su cara? —añadió la mujer que acompañaba al conductor del coche—. Parece haber sufrido un golpe muy fuerte… Sangra mucho.

—Pues yo no la he tocado. No sé lo que le ocurrirá…

El automóvil arrancó, llevándose a Lana Lake en su interior. De los dos falsos policías que la llevaron a la trágica emboscada, no había el menor rastro. Era como si se los hubiera tragado la tierra, después de su criminal acción…

* * *

Asintió el cirujano, con un leve movimiento de cabeza. Apagó la luz de nuevo, y se quedó mirando a su visitante.

—Sí —dijo—. Hay que operar.

El visitante tragó saliva. Era joven, alto, atlético. —¿Y si no opera, doctor?— indagó.

—Se quedará ciego. Irremediablemente ciego, amigo mío. El joven suspiró con fuerza. Sabía que el médico decía la verdad. Había acudido al mejor oftalmólogo y cirujano de los ojos que existía en el mundo. No había error, por tanto. Sí él lo desea es que sería así. Lo sabía. Ya lo había presentido, antes de hacer esta visita.

—Está bien —suspiró—. Entonces, opere.

El oftalmólogo asintió. Consultó algo en un bloc sobre su mesa.

—Será pasado mañana. Mañana tengo otra intervención muy delicada y difícil. ¿De acuerdo, señor Stuart?

—De acuerdo. Pero ¿quedaré bien de la operación? ¿No habrá peligro de…?

—Peligro, lo hay siempre, señor Stuart. Los hombres no somos dioses ni máquinas. Pero ese peligro, sin operar, es definitivo. No tiene cura. Confíe en mí. Usted necesita mucho sus ojos, ¿no es cierto?

—Lo son todo, doctor Reinhard —aseguró Kenneth Stuart gravemente—. Extendió sus manos largas, sensitivas, a pesar de su apariencia atlética, nervuda. —Mis manos modelan la materia o trazan los bocetos, de acuerdo con lo que mi mente de artista «ve». Pero son los ojos los que captan la belleza de la realidad, y saben hallar la forma ideal de trasladarla a la arcilla, al mármol, a la piedra tallada.

—Lo sé, señor Stuart —asintió el médico—. Su labor profesional me es conocida. Su nombre se cotiza muy alto en el mercado internacional del arte. Y las publicaciones especializadas, le nombran con frecuencia. Pero quería estar seguro de que, realmente, junto a la inspiración y el tacto sensible de un escultor, lo mismo que para mí, cirujano de la vista, son los ojos, en definitiva, uno de los elementos más importantes de creación.

—Así es, doctor. Sin mis ojos, no creo que pueda seguir siendo el mismo Ken Stuart que conquistó Londres, después de muchos años de incomprensión, de estrechez y de calamidades. Tuve que ser repartidor de periódicos antes de que nadie quisiera ver o exponer una sola pieza salida de mis manos. Decían que lo que yo hacía no tenía sentido, que era una forma absurda de modelar. Al final, comprendieron que no quería crear formas reales, tal y como son, ni tampoco figuras abstractas, sino algo equidistante de ambos estilos, y sin embargo más espiritual, más inmaterial que cualquiera de ellos.

Una especie de «impresionismo» escultórico —sonrió Reinhard, el notable oftalmólogo suizo. Asintió, con su cabeza, canosa y casi calva—. Le entiendo, señor Stuart. Y haré lo posible por que siga gozando de su vista, y la enfermedad no prospere. Pero la solución

no siempre está en la Ciencia y en mis manos… sino también en la voluntad de Dios. Confiemos en Él, señor Stuart.

—Yo confío en Él y en usted. Sé que ninguno me defraudará.

—Me gusta que mis pacientes tengan fe —sonrió el oftalmólogo —. Rara vez se fracasa, cuando la fe está por medio, se lo aseguro…

Stuart se incorporó, estrechando la mano del médico. Éste, tras un silencio, manifestó:

—Después de la operación, si todo va bien, irá a pasar la convalecencia a mi clínica de la montaña… Y de allí, Kenneth Stuart volverá a su mundo de arte y de luz…


¿DIMENSION?
¡CERO!

# PRIMERA PARTE

## ESTACIÓN DE REPOSO

## CAPÍTULO PRIMERO

## BLANCA CONVALECENCIA



os esquíes trazaron un largo surco doble sobre la pendiente blanca, nítida, en sentido descendente, zigzagueando ante cada obstáculo, en busca de la meta, señalada por un banderín rojo, al final de la ladera nevada.

El esquiador llegó sin novedad al final. Hubo aplausos entre los espectadores, sentados en la galería alta de la residencia, frente por frente a la ladera blanca.

—¡Bravo, bravo! —corearon algunos, entusiasmados—. ¡Ha sido perfecto!

—No del todo —consideró, encogiéndose de hombros, el personaje de cabellos canosos, ralos y escasos, que lucía una corta bata blanca—. Se puede hacer aún mejor. Veamos ahora la señorita Brampton…

Agitó una mano. Arriba, en la ladera, una figurita de llamativo

suéter verde, se lanzó a la ladera. Sus esquíes repitieron el doble surco. Zigzagueó con mayor limpieza aún que su anterior oponente. El hombre de la bata blanca asentía, entusiasmado.

De repente, la muchacha del suéter verde no supo soslayar un obstáculo, y se fue dando tumbos, después de arrancar de la nieve un banderín azul…

El «¡Oooh!» de decepción que coreó a su caída, hizo sonreír al médico. Contempló a los espectadores inclinados sobre la barandilla, y manifestó:

—La señorita Brampton es mejor esquiadora que el señor Schultz. Pero ella no está recuperada como él de la vista… Por eso le falló su cálculo, y se fue contra la bandera.

—Entonces, doctor Reinhard —interrogó una joven de gafas oscuras, reclinada sobre la barandilla, volviéndose hacia él—. ¿Cómo saber cuándo es la vista la que le traiciona a uno, y cuándo su habilidad con los esquíes?

—Señorita Lake, yo soy experto en esquíes y en ojos humanos —sonrió el doctor Reinhard—. Creo que pueden confiar todos en mi criterio. Observen ahora el siguiente artista, pero me confesó que no sabe esquiar muy bien. Vean…

Hizo una seña. Arriba, el tercero y último esquiador, se lanzó pendiente abajo, como una flecha. Sus esquíes trazaron las paralelas ondulantes, vertiginosas, eludiendo varias banderas con precisión. Luego, enganchó dos, en un giro defectuoso, y terminó por rodar sobre la nieve, como la anterior, arrastrando consigo un tercer banderín.

Los espectadores parecieron decepcionados. Entonces manifestó el doctor Reinhard:

—Ahí lo tienen… La vista del señor Stuart es ya perfecta. Va todo de maravilla, y calcula bien las distancias. —Sonrió, divertido —: Pero, desgraciadamente, no tiene la menor idea del esquí, y por eso le han visto caer de ese modo…

Todos rieron de buen humor. La línea de testigos de la «exhibición» en la ladera, comenzó a disolverse. Parecían desilusionados.

—Me gustaría ser yo quien se lanzase desde allá arriba en los esquíes —suspiró la joven que hablara antes, caminando ligeramente rígida ahora, hacia el interior del edificio—. Aunque no

he esquiado jamás, doctor Reinhard.

El médico la examinó atentamente, con una sonrisa profesional.

—No se desespere, señorita Lake. Su caso ha sido muy especial. Sus ojos estaban casi abrasados. Sólo un milagro de sus nervios ópticos y sus retinas, y otro pequeño milagro de la Ciencia puesta en mis manos, salvó su vista. La recuperación es más lenta en su caso. Pero lo importante es que se recupera. Y que pronto volverá a ser la misma que fue…

—Dios mío, si fuera cierto.

—Lo será. El corrosivo utilizado, tocó más su epidermis qué los ojos. Y el cirujano de estética logró ya salvarle ésos. La cirugía de los ojos, hizo lo demás. Hace diez años, no hubiera salvado su vista, señorita Lake…

—Entonces debo considerarme feliz de que esto sucediera en 1985…

—Sinceramente, sí —asintió Reinhard—. Muy feliz, amiga mía…

—Estoy deseando volver a los Estados Unidos, poder declarar contra los que me atacaron… y ser el testigo que todos esperan.

—Olvide eso ahora. Ya sabe lo que me recomendó la Policía Internacional. Debo velar por usted en todos los terrenos. Oficialmente, Lana Lake sigue en los Estados Unidos, ciega para siempre, viviendo lejos de los que la conocieron. En realidad, usted está aquí, en Suiza, lejos de esos peligros que la acecharían allí. Cuando vuelva, deberá ser con plena seguridad de que el atentado no se repita… Pero no tenga prisa. A los criminales a los que usted debe identificar, no se les juzgó. Están en libertad, esperando la Justicia a tener su testimonio definitivo para juzgarles. Pero eso, ellos no lo sospechan siquiera. Ahora, trate de descansar. Ya ha soportado bastante la luz del día por hoy. Retírese a su alcoba, o a la sala de reposo, y aguarde allí la hora de la cena…

—Sí, doctor. Iré a la sala de reposo. Me distraerá oír hablar a los demás, o escuchar discos en el estereofónico…

—Como guste —suspiró el notable cirujano oftalmólogo suizo—. Yo tengo trabajo hoy.

—¿Otro prodigio de su bisturí?

—Ningún prodigio —sonrió él—. Simplemente, una intervención quirúrgica, que puede ser un éxito o un fracaso. Dios me ayudará, como siempre.

—¿De qué se trata esta vez?

—Es usted la criatura más curiosa que conozco —rió el médico, moviendo la cabeza, con aire de reproche amistoso—. Pero se lo diré, si eso le complace. Esta vez se trata de un caso de auténtica caridad. Me lo envía el Gobierno suizo. Un hombre ciego, al parecer por un accidente, fue hallado deambulando por las calles de una ciudad. Parecía trastornado, totalmente desequilibrado por su tragedia. Hablaba de cosas absurdas, deliraba mientras avanzaba por las calles, hasta que la policía se hizo cargo de él. Siguió desquiciado, diciendo incoherencias, hasta ser hospitalizado y, posteriormente, enviado a mí. Ahora, al parecer, está más calmado. Pero no habla. Permanece callado, como en trance, y no reacciona ante nada. Si logro salvar sus ojos, tal vez salvemos algo más que la visión de un hombre; también su cerebro, enfermo por el horror a las tinieblas…

—Vaya con Dios entonces, doctor. Él no puede abandonarle, en ese caso…

—Nunca me abandonó hasta hoy —confesó el médico, preocupado—. Espero que no sea este día la excepción…

Se alejó. Lana Lake, convaleciente en la residencia clínica perdida en las nevadas, agrestes cumbres suizas, se quedó pensativa, contemplando al doctor, a través del muy oscuro cristal de sus gafas, especialmente diseñadas para casos como el suyo. (En realidad, todos los casos clínicos del doctor Reinhard, el mejor y más caro especialista oftalmólogo del mundo, poseían sus gafas especiales, apropiadas al caso concreto).

Tenía una confianza ilimitada en Reinhard y sus sistemas. Después de todo, a él le debía que de nuevo volviera a ser la Lana Lake que fuera. Después de pasar por el tremendo trance de la oscuridad total, de la ceguera absoluta, prolongada durante meses enteros, largos e interminables meses que parecían una eternidad, las manos prodigiosas del cirujano de la vista, le habían devuelto la luz, con colores, la alegría de vivir y de ser nuevamente ella.

La hermosa joven, sentada en la silla de la sala de reposo, con su figura esbelta y agresiva enfundada en un llamativo suéter amarillo y un pantalón de tejido artificial, muy ceñido a sus bellas piernas, pensaba en los días de «The Star», en la noche de su última canción, en el trágico epílogo entre los dos falsos policías que pretendieron

deshacerse de ella por el medio más cobarde y criminal.

Se estremeció.

No.

Eso era mejor no recordarlo. Tenía razón Reinhard. Valía más pensar en cosas alegres, hacer planes para el futuro, para cuando saliese de allí y volviera a los Estados Unidos, convertida de nuevo en la Lana Lake que fuera antes del trágico viaje a las tinieblas…

Tampoco eso ofrecía demasiados puntos optimistas a la joven. Ella siempre había vivido retraída, apartada de los hombres, que eran simplemente espectadores en su criterio.

Gente que acudía a aplaudirla en «The Star» y a silbar sus exhibicionismos entusiasmada y febrilmente. Pero nada más. No tenía su amor, un hombre que la esperase. No amaba a nadie, no sentía atracción especial por ninguno. Ahora, en la soledad y apartamiento de su actual existencia, comprendía lo necesario que puede llegar a ser un afecto en la vida.

Pero era tarde.

Demasiado tarde para todo eso.

Suspiró. No. No le hacía ningún bien pensar en todo ello. Sonrió, evocando las piruetas de los que caían por la ladera, al fallarles su vista o su pericia en los esquíes. Eso sí era divertido. Eso era lo único capaz de alegrarla.

Para algunos, el sistema de convalecencia del doctor Reinhard era excesivamente duro. Ella no pensaba así. El doctor quería que cuando abandonaran su clínica, los pacientes fueran personas normales, seguras de sí mismas, sin complejos, sin indecisiones, sin temores. Gente que volvía a la vida, con plena firmeza y decisión.

—¿De qué se ríe? ¿Acaso está pensando en lo que hice en la ladera?

Se sorprendió. Miró ante sí. En la penumbra intencionada de la sala de reposo, y a través de los oscuros, tamizados cristales de sus gafas clínicas, contempló sorprendida al hombre que, erguido ante ella, acababa de hablar.

Tenía una voz grave, fuerte y personal. También llevaba gafas oscuras ocultando sus ojos. Era atlético, firme, de abundante y crespo cabello castaño oscuro, y nariz recta, sobre la boca de firme trazo.

Llevaba un grueso suéter de lana, en vivos colores. El mismo con

el que se lanzó por la ladera nevada, terminando con el revolcón que diera final a la «exhibición».

Sin poderlo evitar, Lana Lake soltó una breve risa.

—Sí, creo que me reía de eso —confesó—. Le felicito por su agudeza, señor…

—Stuart. Ken Stuart —dijo el otro convaleciente, sentándose junto a ella—. No era difícil imaginarlo, después de todo. He visto a todo el mundo en el sanatorio, riéndose por el mismo motivo. Usted no podía ser una excepción, al menos en eso.

—¿En qué, entonces?

—En lo joven, bonita y atractiva, sí lo es.

—Gracias —fue algo seca la joven. Le halagaba lo que decía el paciente llamado Stuart, pero de nuevo su desconfianza innata hacia los hombres, volvía a hacer presa en ella. Como en los viejos tiempos del «The Star». Procuró olvidar eso, recordar que en el sanatorio suizo, entre la sana blancura de las montañas, altas y nevadas, en un ambiente puro, tan distinto al del club nocturno de Nueva York, las cosas no podían ser iguales. Ni las personas tampoco.

No, aquel hombre era cortés y correcto al hablar. No debía mantenerse en guardia ante él, mientras no le diese otros motivos para ello. Lana Lake sonrió, suavizando ahora su respuesta, volviendo de nuevo a la amable sociabilidad que era norma habitual en los pacientes del doctor Reinhard:

—Se lo agradezco de veras, señor Stuart —fue lo que dijo—. Ya casi había olvidado que soy joven y atractiva.

—Y bonita.

—Y bonita —rió ella, repitiendo la rectificación del joven—. Creo que, aquí se olvida una fácilmente de todas esas cosas. Y especialmente… después… después de…

—No pienso en ello —sonrió Stuart—. Vale más desterrar esos recuerdos ingratos. Yo también los tengo. Ya está todo olvidado. Piense sólo en el porvenir. Es lo mejor.

—El porvenir… —Ella suspiró, encogiéndose de hombros—. ¿Tiene usted porvenir?

—Creo que sí —la miró, sorprendido—. ¿Usted no?

—No lo sé. Quizás no lo tenga, señor Stuart.

—Llámeme Ken. ¿Cómo puedo llamarla yo a usted?

—Lana. Lana es mi nombre. Eso basta.

—Bueno, Lana, ¿por qué cree carecer de porvenir? Todo ser humano, por el simple hecho de existir, posee el pasado, el presente, y el porvenir. Nadie puede quitarle eso.

—La muerte, sí.

Stuart se quedó callado. Contempló, ceñudo, a la joven. Luego, suspiró, entornando los ojos. Habló con la cabeza en alto, como si mirase al techo. Pero no miraba a parte alguna. Estaba haciendo descansar su mirada.

—Esto va bien, de vez en cuando. Reposando los ojos —explicó, añadiendo acto seguido—. ¿Cómo ha dicho? ¿Habló de… de la muerte?

—Sí.

—Es raro.

—¿Raro? ¿Qué tiene de raro?

—Todo. El hecho mismo de mencionarlo.

—¿Por qué?

—Una muchacha joven, bonita, encantadora… hablando de esas cosas tan desagradables. Me sorprende. No hay que pensar en cosas así.

—Usted, tal vez no tenga motivos para ello.

—¿Qué motivos tiene usted? ¿Su ceguera fue por enfermedad… o accidente?

Vaciló ella un momento. Luego, habló escueta:

—Accidente.

—¿Entonces?… ¿Tan desesperada de vivir se siente, que desea morir?

—No es eso. No deseo morir, pero… —Se inclinó hacia Stuart. Hacía tanto tiempo que no se sinceraba con nadie, que le alivió enormemente decir a su compañero lo que le dijo en aquel momento—: Pero usted no puede entender lo que significa sentirse perseguida… acosada… En peligro.

—¿Usted está en peligro? —El escepticismo, la incredulidad, se reflejaban en el tono risueño de Ken Stuart, el escultor—. ¿Qué clase de peligro, Lana?

Se irritó ella. Por el tono burlón de Stuart. Y tal vez, también, por haber sido débil y haber hablado. Su secreto no le pertenecía. La Policía Internacional había exigido absoluto silencio. Mientras

nadie sospechara que vivía y sanaba, en un lugar de Suiza, todo iría bien. Convenía mantener el engaño… o los pistoleros neoyorquinos hallarían el modo de destruirla definitivamente. Eran poderosos, despiadados, brutales…

—No es nada —dijo abruptamente, irguiéndose—. Tiene usted razón, Ken. Tal vez exagero demasiado, para ser una muchacha joven y sin problemas. No hablemos de ello. Podríamos hablar de algo mejor.

—¿Por ejemplo?

—Usted.

—¿Yo? ¿Y por qué yo? —se sorprendió Ken Stuart—. No soy nada interesante.

—El doctor Reinhard no opina igual. Dice que es usted un gran artista.

—Bueno, me dedico al arte. Eso sí es cierto.

—Lamento no ser entendida en otro arte que… —Se detuvo a tiempo. De nuevo volvía a delatarse, hablando de más. ¿Sería que aquel endiablado joven incitaba a las confidencias? Rectificó—. En otro arte que la música.

—Yo soy escultor. Pero también me gusta la música. ¿Cuáles son sus preferidos? ¿Beethoven, Brahms, Mozart o…?

—Cole Porter y Gershwin —dijo ella, divertida—. Lo siento, pero quizás tampoco entiendo de música, en el sentido que usted le da a eso…

—Bueno, es igual —rió Ken, de buen humor—. Me encantan Gershwin y Cole Porter. ¿Usted es americana?

Vaciló. La sonrisa de Stuart la desarmaba. Aquel hombre empezaba a preocuparla. Tenía la virtud de hacerle hablar de más, y siempre sinceramente. Por fin, confesó, pensando que eso no la comprometía:

—Sí, lo soy.

—Lo había imaginado.

—¿Por qué?

—No sé. Tal vez el acento, el aire… Tiene algo especial, que no tienen las europeas. Un *sex-appeal* diferente. Tal vez exprese eso lo que quiero decir…

—¿No está seguro? —rió la joven.

—Sinceramente, no —rió también Stuart—. Y no se sorprenda

demasiado. Creo que algo como lo que nos ha sucedido a usted y a mí, es capaz de alterarle a uno el modo de ser y de quitarle la seguridad que pudiera sentir sobre determinadas cosas.

—Probablemente sí —suspiró Lana Lake—. Yo he sentido eso mismo muchas veces, a partir de… del día en que perdí la vista.

—¿Cómo le sucedió? ¿Un accidente de automóvil?

—Sólo en cierto modo. —Lana quería eludir ese tema, pero sería difícil en forma convincente. Añadió, para justificar sus recientes cicatrices en la piel del rostro, ya en vías de curación total, casi borradas, tras la delicada intervención del experto en cirugía plástica—: Hubo algo de accidente automovilístico. Pero un envase de ácidos corrosivos me cayó encima al chocar, y…

—Entiendo —muy gentilmente, Ken Stuart le cortó el relato con un gesto rápido de su mano, maciza y grande, más de luchador que de escultor—. No siga, Lana. Son cosas que vale más olvidar.

—Olvidar… Sí, es lo que estoy intentando. ¿Y a usted? ¿Cómo le pudo suceder?

—Lo mío fue distinto. Hubo accidente, pero tiempo atrás. Sufrí un golpe en los ojos, y no le di importancia. Luego… comenzó a nublarse mi vista. Cada vez veía menos, de forma que dejé mis esculturas en Londres, y acudí al doctor Reinhard, la primera autoridad en cirugía oftalmológica en Europa. El me atendió, me dijo que la ceguera sería completa, si no me sometía a su tratamiento. No había seguridad absoluta de curación, por supuesto.

—¿Es que la hay alguna vez? —sonrió Lana Lake.

—No, nunca. Pero uno quiere creer que todo va a ser sencillo. En mi caso, lo fue. Reinhard es un genio en lo suyo. Me ha curado por completo, ya estoy en vías de curación total…

Lo mismo que usted. Volveré a mis esculturas, y usted a su… bueno, a lo que haga, allá en los Estados Unidos.

Lana no le aclaró eso, aunque era evidente que Stuart lo esperaba. Más por desviar la conversación hacia otros derroteros que por cualquier otra razón, Lana dijo de repente:

—El doctor tiene otra delicada intervención hoy.

—¿De veras? ¿De quién se trata?

—No sé. Dice que de un hombre que fue hallado en una ciudad suiza, hablando incongruencias por las calles, y con una ceguera total, de origen accidental al parecer, va a ser sometido a

tratamiento. Pero no sabe si logrará algo positivo…

—Oh, entiendo —e inesperadamente, como si la cosa, en vez de ser seria para un ser humano, abocado a un drama tan angustioso como el que ellos mismos afrontaron hacía poco, fuese lo más divertido y cómico del mundo, Ken Stuart se echó a reír con fuerza.

Parpadeó Lana tras sus gafas oscuras, y abrió los párpados, que había dejado caer para dar descanso a su mirada, contemplando entonces con estupor al joven artista.

—¿Qué le pasa? —indagó—. ¿He dicho algo chistoso?

—Perdone. —Ken dejó de reír, poniéndose serio. Se inclinó hacia ella, con aire confuso—. Me juzgará muy mal por lo que he hecho ahora, ¿no?

—Sinceramente, sí. No creo que sea tema para reírse…

—No lo es, la verdad —suspiró, con un gesto amplio—. Disculpe, Lana. Pero es que no pensaba en el problema de ese hombre, inmerso en la ceguera, sino en lo que iba diciendo cuando la policía le recogió, y en lo que repetía, mientras era examinado en el hospital, lo mismo que una cantinela…

—¿Usted sabe lo que él decía?

—Oh, claro. Lo mencionó un locutor en la radio, el otro día. Luego, recuerdo haberlo vuelto a oír, al leer alguien un periódico, en este centro…

—¿Y qué era, para resultarle tan cómico?

—Una tontería, por supuesto. Pero me divirtió, no pude evitarlo. Quizás porque no soy nada imaginativo, y me pareció una chifladura carente de toda lógica. Hay gente normal, que sufre manías persecutorias y cosas así, pero ¿ha oído usted hablar de alguien que tenga miedo a algo que ni siquiera existe?

—No, creo que no… ¿Qué era, en realidad?

—Hablaba de cosas tan absurdas como ésta, —se inclinó, apoyando una mano en el brazo de la butaca de Lana. Explicó sonriendo—: Según ese infeliz… está rodeado de seres de otro mundo, que han venido a destruirnos a todos…

—¿Qué? —Ella le dirigió una mirada de asombro—. ¿Es posible que ese pobre hombre esté loco?

—Eso parece, Lana. Se empeña en afirmar que, no sólo él sino todos nosotros, estamos rodeados de extraños seres procedentes de otros mundos que han venido para aniquilar a la Humanidad

terrestre… Que lo que ocurre es que no los vemos, pero que están aquí, entre nosotros. Y que, cuando lo estimen oportuno, pasaran al ataque, aniquilándonos a todos.

—¡Pobre hombre! —se condolió sinceramente Lana—. ¡Ciego y loco!

—Sí, es un caso verdaderamente triste. Yo tengo tanta confianza en el doctor Reinhard que él, problema de la vista lo resolverá favorablemente y le devolverá la visión… Lo otro me parece más grave. En fin ¿comprende ahora el motivo de mi risa anterior? En estos tiempos en los que el Sistema Solar comienza a no tener secretos para nosotros, resulta un tanto hilarante que un pobre hombre mantenga en su mente enferma la absurda idea de que nuestro planeta ya está invadido por unos terribles seres procedentes del espacio ¡a los que ni siquiera vemos! En fin, Lana ¿le parece que paseemos un poco?

# CAPÍTULO II

## EL COMPAÑERO



os esquíes se deslizaron con celeridad. Fueron aumentando su marcha insensiblemente. Lana Lake gritó, gritó con terror. Vio venir la nieve a su encuentro, chocó con ella, se encontró dando tumbos de súbito, sobre el lecho blanco, esponjoso…

Allí terminaba su ejercicio. Recuperó con dificultad sus gafas y se incorporó, mientras en la galería del edificio sonaban las exclamaciones decepcionadas de sus espectadores.

La joven supo que había fallado en el descenso, como tantos otros. No porque viera mal, sino porque no sabía dominar aquellos chismes, bajo sus pies, en el vertiginoso descenso hacia la base de la montaña…

Regresó hacia el edificio. Otros pacientes probaban ya fortuna. Entre ellos, Ken Stuart. Esta vez, le salió bien. Llegó abajo, y

solamente dio unos tumbos al final, pero ya había logrado el descenso sin fallos. Lana se volvió para contemplar su «hazaña», y sonrió, agitando su mano en salutación cordial. Stuart le devolvió el saludo. La muchacha entró en el establecimiento. Había logrado su sueño de semanas atrás. Ahora, era capaz de lanzarse por la ladera. Lo haría durante varios días, bajo la crítica mirada del doctor Reinhard, qué seguiría observando sus reacciones visuales, su seguridad física y su firmeza en todos los aspectos de la vida cotidiana. Era su terapéutica especial, y quizás tuviera razón en su sistema.

Se sentía mejor, mucho mejor. A pesar de la caída, a pesar de llevar las ropas empapadas, a pesar de ir jadeando, con las piernas doloridas por la flexión final, para amortiguar la caída, tal y como Reinhard le indicara.

Frunció el ceño, recordando el descenso de Ken Stuart el escultor. El joven estaba virtualmente a punto de abandonar el establecimiento y regresar a Londres, para proseguir su carrera triunfal en el arte del modelado.

Cada vez que veía a Ken o hablaba con él, no podía por menos de recordar lo que le explicara aquel día sobre el hombre desquiciado a quien el doctor iba a operar. Un loco, que hablaba de invasores de otro mundo, como cualquier personaje de una novela barata de «ciencia-ficción».

Extraña locura aquélla. Quizás originada por la abundancia de textos sobre esos temas, por las investigaciones espaciales, por el acceso a la Luna y todo lo demás…

Pero no dejaba de tener su gracia, una gracia amarga y tétrica, que un ciego asegurase desesperadamente a todo el mundo, que él podía VER en torno suyo seres de otro planeta, gentes de un mundo exterior, dispuestas a invadir la Tierra, aniquilando a la especie humana.

Sentía curiosidad por ver a aquel raro personaje.

Pero, aunque supo que había salido con bien de su operación y posiblemente recuperaría la vista, no logró en modo alguno saber si acudiría allí, a aquel recinto sanitario… o si, por el contrario, el Gobierno helvético le internaría en un establecimiento adecuado a su estado mental, ajeno por completo a la ceguera, aunque quizás provocado por ésta.

Subió a su alcoba y se cambió de ropas. El suéter amarillo, demasiado húmedo, igual que sus ceñidos pantalones, tras la zambullida en la nieve, pasó a ser sustituido por otro suéter, de intenso color verde, y unos pantalones azul oscuros, muy ceñidos a sus bonitas piernas.

Lana Lake se contempló en el espejo. Era un espejo de tono caramelo, que reflejaba tenuemente la luz, sin herir los ojos. Todo estaba calculado en aquella residencia montañera, para no herir ni cansar las retinas de los pacientes.

Por primera vez en mucho tiempo, lograba verse tal y como era. Hermosa, joven, plena de formas arrogantes y sugestivas, llena de feminidad y encantos. Su cabello le caía en cascada centelleante sobre los hombros, el seno se marcaba bajo el punto verde, armoniosamente. La cintura breve, estrecha, contrastaba graciosamente con sus redondeadas caderas…

—Sigues siendo una bonita chica, Lana Lake —se dijo, risueña, con un mohín, mientras se ajustaba las gafas oscuras sobre el rostro, en el que apenas una leve huella del bisturí de cirugía, era visible—. Dentro de poco, podrás volver a tu ambiente, a tus canciones…

Se estremeció. Ensombrecióse su rostro, al pensar en eso. Volver a su mundo, significaba algo mucho peor; volver al peligro, al ambiente tenso, violento, de la ciudad donde un criminal pagado trató de dejarla ciega para siempre, con un ácido cáustico arrojado sobre sus ojos. La segunda vez, harían algo más que eso; la matarían.

Sonó un timbre tenue, incapaz de irritar los nervios del más sensible paciente. Era la llamada para el almuerzo.

Salió de la alcoba. Descendió al comedor. Compartiría la mesa con una dama belga, operada mucho antes que ella. Ese día tuvo una sorpresa. La dama había sido dada de alta. El camarero le informó que salió aquella mañana, definitivamente curada.

Lana Lake vio, sin embargo, que había un plato en la mesa, cubierto y servilleta. Cuando Ken Stuart se acercó hacia su mesa en derechura, creyó comprender que él había solicitado ser su compañero de mesa. El joven escultor se detuvo ante ella. La saludó:

—¿Animada hoy?

—Un poco.

—Lo hizo muy bien en el descenso.

—Gracias, pero no debe burlarse de mí.

—No me burlo, Lana. Es la verdad —miró el asiento vacío, el cubierto, y luego hizo un gesto de contrariedad—. Lamento de veras no poderme sentar aquí, como sería mi gusto, Lana.

—Oh, ¿no es usted, entonces, mi nuevo compañero de mesa?

—No, no. Creo que es otro paciente, uno nuevo en este establecimiento.

—¿Una dama?

—Un caballero —rió Ken, divertido. La guiñó un ojo—. Tenga cuidado. Está usted cada día más bonita.

—Gracias de nuevo. Esperemos que mi nuevo compañero piense como usted.

—Esperemos que no —resopló Ken—. No me gusta tener competidores.

—¿Competidores? —se extrañó Lana, con muy femenina coquetería.

—Claro. ¿O es que todavía no se ha dado cuenta de que me gusta?

La franqueza de Ken la dejó perpleja. Iba a responderle, aunque no sabía exactamente el qué, cuando sucedió algo. El personaje esperado, apareció; su compañero de mesa.

Era un individuo singular, distinguido y lleno de personalidad.

Alto, enjuto, de cráneo totalmente pelado, cejas grises, ojos ocultos tras las inevitables gafas oscuras, y expresión rígida, en su rostro halconado, de acentuada nariz y prietos labios. Tenía la tez muy pálida, gestos suaves, pausados y solemnes, y una voz pastosa, clara, que se expresaba en correcto francés.

Apareció de repente entre ambos, dirigiéndose a Ken Stuart:

—Disculpe, señor, pero creo que ésta es mi silla y ésta mi mesa. Mi nombre es Ludwig Klein. Señorita… —Se inclinó. La luz del sol, reverberando en la nieve, hirió su calva brillante, tersa como una esfera de marfil—. Yo soy su compañero de mesa desde hoy.

—Es un placer —dijo ella con suavidad.

—Siéntese, por favor. —Stuart se apartó, mirándolo con curiosidad—. La señorita Lake y yo hablábamos de cosas triviales. Creo que será mejor que me vaya a mi mesa, Lana. Hasta luego. Nos veremos en la sala de reposo.

Ella asintió, sin dejar de estudiar por el rabillo del ojo a su solemne vecino. Éste se acomodó frente a ella, desenvolvió con lentitud su servilleta, y esperó a ser servido, sin inmutarse ni hacer gesto alguno.

El silencio resultaba difícil de romper con un desconocido. Lana se preguntaba cómo podría hacerlo sin violencias, cuando él le ahorró el trabajo, con una palabra inesperada:

—Cuidado…

—¿Eh? —Lana le miró con sorpresa—. ¿Me ha dicho algo, señor… señor Klein?

—No, no —negó él. Sonrió fríamente—. Sólo dije «cuidado».

—¿Cuidado? ¿De qué? —Intrigada, no descubrió cosa alguna que pudiera provocar esa advertencia.

—De nada —la sonrisa se amplió— y su acompañante de mesa, se encogió de hombros, como si le molestara haber sido tan impulsivo. —Perdone, pero creí que iba a tropezar con su vaso y derribarlo…

—El hombre que hablaba conmigo, ese joven alto y fornido, es un artista célebre, un magnífico escultor —dijo, sin venir a cuento —. También estuvo en grave estado. Y ahora, pronto abandonará este sitio…

Lana, mientras hablaba, observó que el otro tenía la mano muy lejos de su vaso. Resolvió pasar por alto esa rareza, y se asió al pretexto para iniciar una conversación:

—¿Le gusta este lugar?

—Sí. No está mal. Es hermoso, aunque todavía no puedo ver mucho.

—Le gustará, cuando haya mejorado —le contempló. Las gafas oscuras del hombre como todas las de aquella especie, era como un antifaz que velaba la expresión—. ¿Un caso grave?

—Todos lo son —se expresó con descuido, como sí, no le preocuparan sus ojos demasiado—. Pero ya estoy en vías de curación. Aquí dicen que me repondré del todo…

—Seguro. Mi caso era muy serio. Y ya estoy casi bien…

—Lo celebro, señorita.

Allí parecía terminar la charla. Lana, se dijo que el hombre no daba demasiadas facilidades. Quizás era algún millonario o aristócrata altivo, poco amigo de entablar conversaciones fuera de

su ambiente social.

—Le decía que mi anterior compañero el señor Stuart, pronto abandonará este lugar.

—Me alegro por él —dijo el otro, escuetamente. Y siguió comiendo.

Lana volvió a sentirse como un náufrago sin asidero. Comió en silencio, pero resultaba violento. Casi a los postres, creyó hallar otro tema para reanudar la charla con su frígido compañero de mesa:

—Hay cosas de todas las especies aquí —apuntó.

—¿De veras?

—Sí. —Lana se animó, alentada por la pregunta indiferente de Klein—. Incluso hay ahora un loco, a quien ha operado el doctor Reinhard.

—¿Un loco? —El hombre sin cabellos enarcó las cejas, sorprendido—. ¿Aquí?

—No, no ha venido a este lugar. Quizás esté internado ahora. Es un ciego que hallaron en las calles, un vagabundo. El infeliz aseguraba patéticamente que le rodeaban seres de otro planeta… Gentes extrañas, venidas para destruirnos…

Rió la joven, esperando que el otro la corease. El hombre se limitó, a sonreír, sin muchos ánimos. El silencio volvió, por falta de tema. Ahora, ya no sabía qué decir. Sería cosa de solicitar otra mesa al encargado, para días sucesivos, o terminaría desquiciada, en compañía de aquel personaje.

Terminó la comida. Lana dobló su servilleta y se dispuso a marcharse. Ludwig Klein se incorporó, caballeroso, al hacerlo ella. Se inclinó, con deferencia, ante la joven. Cuando Lana se disponía a alejarse, sin decir nada, salvo un saludo cortés, el hombre habló, en forma inesperada:

—Lamento haberla molestado con mi presencia, señorita. No soy un compañero grato, ¿no cree usted?

—Oh, yo no he dicho eso… —protestó la joven, azorada.

—Pero lo piensa —rió el otro, con agudo tono—. No tiene que molestarse en negarlo, señorita. Procuraré que me sirvan en otra mesa en lo sucesivo. Sé que no le sería muy agradable como compañero.

—Por Dios, yo no…

—No se esfuerce —pidió el otro—. Y quiero advertirle algo. Le

han informado mal sobre mí.

—¿Sobre usted? Nadie me ha…

—Sí, señorita Lake. Yo VEO SERES EXTRAÑOS A NOSOTROS. Pero no sólo me rodean a mí. LA RODEAN TAMBIÉN A USTED. LA TOCAN, SIN QUE USTED LO SEPA. ESTÁN AQUÍ, ENTRE NOSOTROS. SIEMPRE LO ESTUVIERON…

Y se alejó, solemne, altivo como un rey…

* * *

—Vamos, vamos, tiene que calmarse. Después de todo, no ha sucedido nada grave, ni hay razón para asustarse…

Lana Lake tomó a duras penas el trago de coñac que le servía Ken Stuart. Luego, miró al joven, con expresión asustada, y musitó:

—Dios mío, Ken, usted no le oyó como yo le oí. Hablando de… de esa horrible cosa, como lo más natural del mundo. No sólo dijo que le rodeaban a él… ¡sino que YO también estaba rodeada de gentes invisibles! Y que siempre lo habíamos estado…

Stuart se echó a reír de buena gana. Meneó la cabeza, con aire divertido.

—Siempre me pierdo cosas estupendas —comentó, risueño—. Cielos, ¿por qué no me avisó?

—Puede oírlo por sí mismo. Pregúntele a él y verá… —dijo Lana, irritada.

—No es tan fácil. El doctor Reinhard le ha puesto ahora en un alojamiento aislado, en el piso alto, al enterarse del ataque de nervios que provocó en usted con su declaración… Dice que resulta muy extraño, porque desde la operación, no había vuelto a mencionar para nada esos disparates, y por eso confió en su equilibrio mental, e hizo la prueba de ponerle con nosotros…

—Pues la hizo buena. Pero ¿cómo iba yo a imaginar que, precisamente aquel hombre, de apariencia perfectamente normal, inteligente y correcto al parecer…?

—Eso es lo peor. Su apariencia es normal, su porte correcto, sus modales irreprochables. No es agresivo, ni violento, sus reacciones son perfectamente cuerdas y normales… pero en cuanto empieza a hablar, todo se complica. Un psiquiatra de Zúrich, ha informado a Reinhard que quizás la lesión óptica, que padeció, pudo alterar su

funcionamiento normal del cerebro. Por lo visto, clínicamente ello es posible…

—No me importa lo que provoque sus manías, pero le confieso que logró atemorizarme. Lo decía tan convencido. Como… como si realmente viese lo que decía. Miraba a mi lado, de un modo irónico, de suficiencia, como lamentando que yo no pudiera ver lo mismo que él veía…

—Vamos, no se deje impresionar ahora por eso —rió Stuart.

—Y ya antes… me dijo «cuidado». De un modo… como si «alguien» fuera a chocar conmigo, o yo con «alguien». Recuerdo que tenía el cuchillo en la mano. Tuvo gracia, pero yo creí que iba a cortarme o cosa parecida. Habló de un vaso que creía iba a tirar. Eso era absurdo. Ahora comprendo.

—Sí. Seguramente él «ve» cosas o gentes que nadie puede ver, fantasías suyas. Y en su delirio, avisa a los demás para que no «tropiecen» con sus entes fantásticos. Es realmente divertido.

—No tiene gracia, Ken —ella se estremeció—. Estoy llena de miedo.

—No me dirá que va a influir en usted, ¿eh? —Ken alzó las manos, riendo—. Le aseguro que alrededor mío, no hay nadie en este momento. Palabra de honor…

Lana quiso reír las bromas de Stuart, pero le resultó imposible. Todavía seguía impresionada por las frases disparatadas e inquietantes del pobre demente llamado Ludwig Klein…

* * *

Estaba deslizándose por la pendiente de nieve otra vez. Sus esquíes trazaban un doble surco sobre la nieve, una línea paralela fantásticamente igual, hacia la base de la montaña. Esta vez no tropezaba, no caía…

Había prosperado mucho. Pero de pronto, en plena euforia, una sensación de terror la agarrotaba. Miraba en torno suyo… y descubría, alucinada, que unos extraños seres amorfos, blandos y viscosos como gelatina viva, la sujetaban con docenas de brazos tentaculares, riendo con rostros esféricos, demoníacos, llevándola como en volandas, pendiente abajo. Por eso caía…

Su chillido de horror fue terrible, desgarrador. Brincó, sin

importarle caer, para desasirse de los pequeños monstruos, de los enanos gelatinosos… Lo logró, pero cayó pendiente abajo, rodando hasta una sima sin fin, perseguida por los pequeños saltarines monstruos, que reían desquiciados, como demonios llevando un alma al infierno…

Se despertó. Estaba gritando, gritando terrible, largamente… Su alarido debió sacudir los cimientos mismos del edificio. Se encontró revuelta entre las sábanas del lecho, convulsa y bañada en sudor, a pesar de que un frío glacial atenazaba sus miembros.

Hubo revuelo en las inmediaciones, en todos los lugares del edificio. Todo se conmocionó, sin duda a impulsos de su chillido de angustia. Lana, avergonzada, descubrió que todo aparecía normal, que no había hecho sino soñar…

Pero aquel frío… Miró alrededor, asustada, encendió la luz tamizada, tenue, de su mesilla. Descubrió, inquieta, que la ventana de su alcoba estaba abierta, y el frío aire de las cumbres, como una cuchilla de hielo invisible, penetraba cortante en la estancia. Era el mismo aire que en su sueño sintiera zumbar junto a sí, en el hipotético descenso, rodeada de monstruos…

Ella recordaba muy bien haber cerrado la ventana. Luego, frunció el ceño. No, no podía estar segura. Además, después de todo, ¿quién iba a abrirla? Desde fuera, era imposible hacerlo, y allí dentro no había nadie sino ella. La puerta estaba cerrada con llave.

Comenzaron a golpear en ella con energía, se oyeron voces fuera:

—¡Señorita Lake, señorita Lake! ¿Se encuentra bien? ¿Qué sucede?…

Vaciló, envolviéndose en su bata, sin saber qué hacer. Otras manos golpearon reciamente, y una voz más potente que las demás, llamó:

—¡Lana, Lana! ¿Qué sucede? ¡Vamos, responda o echo la puerta abajo!

—¡Ken, Ken! —gritó Lana, lanzándose hacia la puerta, abriéndola desesperadamente… y cayendo en brazos del joven escultor, estremecida de terror, ante la presencia de todos los demás, pacientes y sanitarios del doctor Reinhard, alarmados por su grito.

—Pero ¿qué es lo que ha pasado, señorita? —indagó un sanitario

—. Ese grito…

—Fui yo… Una pesadilla atroz… —musitó Lana, convulsa—. Perdonen, por favor. No quise alarmar a nadie, pero…

—Claro, está disculpada. Lo importante es que no suceda nada.

—Está helada —dijo Ken, que la tenía entre sus brazos—. ¿Por qué duerme con la ventana abierta?

—No… no duermo con la ventana abierta, Ken… —gimió ella.

—¿No? —El escultor arqueó las cejas, mientras ella se apartaba de sus brazos, algo avergonzada por todo lo sucedido—. Pues ahora lo está.

—Sí, ya lo he visto. No sé… no me explico cómo pudo suceder. Yo la cerré antes…

—Quizás el viento de la noche —explicó un sanitario—. No debió asegurar el pestillo, y el viento la abrió. Sucede a veces.

—Eso sería —asintió Lana, estremecida—. Por favor, retírense ya. Estoy bien, no me sucede absolutamente nada… Todo ha sido una falsa alarma, que lamento de veras.

Los curiosos se iban retirando. De repente, Lana hizo una pregunta tan absurda, que hizo poner a Ken Stuart una expresión de enorme extrañeza:

—¿Y el señor Klein? ¿Está en su alcoba?

—Supongo que sí —afirmó el sanitario, sonriendo—. Si le teme por creerle loco peligroso, puede dejar de sentir miedo. Está cerrado con llave por nosotros mismos, y no puede salir de allí. Pero, además, no creo que signifique un peligro para nadie…

Ya no quedaba nadie, salvo el sanitario, Ken y la muchacha. El primero se alejó. Ken, tras cerrar la ventana, contempló todo el cuarto, sin hallar nada extraño. Miró por fin a la joven y preguntó:

—Sinceramente, Lana. Usted está asustada, ¿no es cierto?

—Creo… creo que sí.

—¿Por qué? ¿Por esa tontería de Klein?

—Tal vez eso… no haya hecho más que excitar mis nervios. Yo… yo sufrí ya antes otro terror muy intenso. Y quizás ha resucitado… con ese incidente tan tonto.

—¿Usted pasó terror? ¿Por qué, Lana?

—Es… es confidencial, Ken. ¿Me promete que no lo revelará a nadie? Sólo Reinhard y yo lo sabemos. No debo hablar de ello, ni me gusta hacerlo. Pero quizás me siente bien confiar en alguien.

—Confíe en mí —sonrió Ken, sentándose en una butaca, frente a ella—. ¿Un cigarrillo?

—Sí, gracias —tomó uno de los que le tendía Ken, estremeciéndose a la vista de la pitillera—. Precisamente así, comenzó lo terrible para mí. Pero ya venía de antes.

Y empezó su relato.

* * *

Ken la había escuchado atentamente.

Al final del relato, meneó la cabeza, afirmando. Declaró con sencillez:

—Creo que le sobran motivos para estar atemorizada y excitada de los nervios, Lana. Pocas mujeres pasan por una prueba tan dura…

—No creo que le guste saber que yo he sido siempre… bueno, una chica de club nocturno. No pertenezco a su mundo…

—¿Mi mundo? No me haga reír. He sido un sinfín de cosas peores, antes de destacar en lo que hago ahora. Para mí, todo el que se abre camino en la vida, luchando contra toda clase de adversidades, es digno de admiración. Usted lo es, Lana.

—Gracias, Ken —le miró fijamente, con gratitud y ternura—. No sabe cuánto bien me hace, aunque no piense lo que dice…

—Claro que lo pienso. Si no, no se lo diría. Soy muy franco. Y sigue gustándome. Cada vez más…

Ella sonrió, halagada, sin responder. Ken se puso en pie, se aproximó a ella. Inclinóse, y la besó en los labios cálidamente. Luego, dijo con firmeza:

—Siempre que esté en un aprieto, recurra a mí. Confíe en mí, Lana. Será hermoso poderla ayudar en algo…

Luego, aplastó su cigarrillo en el cenicero, y se encaminó a la salida.

—Ahora, duerma. Sin pesadillas —señaló—. Y recuerde que ni los pistoleros de Nueva York es fácil que lleguen a Suiza jamás, ni los fantasmas del pobre señor Klein son más que eso; fantasmas…

Lana se sintió más tranquila. Oprimió la mano de Ken con cordialidad. Musitó, en tanto él se disponía a marcharse:

—Nuevamente gracias, Ken. Eres un gran amigo…

—Soy algo más que eso, Lana —replicó él—. Soy un hombre que está empezando a enamorarse de ti…

Cerró la puerta, con una sonrisa, sin añadir más, ni dejar que ella lo hiciera.

A partir de ese momento, Lana Lake durmió apaciblemente hasta que por fin llegó el nuevo día…

* * *

Hasta entonces, Lana no se enteró de lo sucedido. La primera impresión que tuvo de algo anormal, fue al bajar a la planta inferior, y encontrarse un extraño revuelo entre el personal. Intrigada, demandó a un sanitario:

—¿Qué es lo que sucede?

El sanitario la miró, meneó la cabeza, con aire contrito y manifestó por fin:

—Un desgraciado suceso que va a irritar mucho al doctor Reinhard, señorita… Se trata del señor Klein, el hombre que, según dicen, estaba loco…

—¡Dios mío!… —Lana palideció—. ¿Qué le ha sucedido?

—Desapareció de su alcoba anoche. Y nadie sabe de qué forma pudo hacerlo.

—¡Oh, no! —Sintió que las piernas le temblaban, y un sudor frío mojaba las palmas de sus manos.

—Lo peor ha sido después… Un montañero lo ha encontrado, cerca del Paso de Cristal, detrás de esa montaña donde hacen sus pruebas de esquí… Estaba muerto.

## CAPÍTULO III

## LA VISIÓN



a policía suiza abandonó la residencia con una ambulancia en la que se llevaron el cuerpo de Ludwig Klein, aquélla misma mañana, antes del almuerzo. Y, naturalmente, nadie almorzó allí.

A pesar de que el doctor Reinhard trató de alentar a sus pacientes, y les hizo ver que, de un demente, todo podía esperarse, lo cierto es que ninguno sentía demasiado apetito, después del impacto de aquella mañana. Y Lana Lake menos que nadie.

Ken Stuart no la perdía de vista en ningún momento. Al final, se acercó a ella, cuando todos los comensales se dirigieron a distintos quehaceres, silenciosos y taciturnos.

—¿Qué te ocurre, Lana? —preguntó Ken, deteniéndola cerca de la galería posterior, adonde ella se encaminaba.

—Ya puedes imaginarlo. Primero lo de anoche… y ahora esto.

—No tiene la menor relación. Tuviste una pesadilla, sí. Y al mismo tiempo, ese infortunado se escapaba, encontrando la muerte por congelación. Todo es natural, y resultaría grotesco buscarle los tres pies al gato, compréndelo…

—Yo lo comprendo todo, Ken. Pero ¿por qué? ¿Por qué escapó, cómo pudo hacerlo?

—Como los locos hacen todas estas cosas, Lana, no te rompas la cabeza en imaginar tonterías —se enfadó Ken Stuart—. He observado que el doctor Reinhard está preocupado por ti. Y con razón. Estás presentando muchos problemas, con tu imaginación y tus temores…

—¿Es cierto que murió congelado?

—Naturalmente. ¿De qué puede morir un hombre, en la nieve, en plena madrugada? Esto es Suiza, querida, no la ciudad de Nueva York, en verano.

—Pero si hubiera muerto de cualquier otra cosa…, luego parecería también que había sido por congelación, ¿no es cierto?

—¿Adónde vas a parar? Mira, Lana, si cayó en un risco y se golpeó, perdiendo el conocimiento, por ejemplo, también le llegó la muerte por congelación, a no ser que el golpe fuese mortal. Eso, la autopsia lo dirá. ¿Todo claro? ¿O prefieres que te diga que le mataron sus fantásticos monstruos, empezando así a eliminar a los humanos?

—O a eliminar a los que saben demasiado…

Se sobresaltó. Ken Stuart la miraba atónito, como si no creyera posible que ella hubiera dicho una cosa semejante. Y ella misma, se asombraba de haberlo dicho.

—Perdona —susurró—. He dicho una tontería. Y no sé por qué la dije. Es algo… que me vino a la mente sin saber la razón…

—Escucha, Lana. Ahora te hablo seriamente —la tomó por ambos hombros, con sus manos, fuertes y macizas—. Me preocupa tu estado. No quiero que te metas ideas grotescas en la cabeza. Quiero irme tranquilo de aquí, ¿entiendes?

—¿Irte, dices?

—Sí. —Ken respiró hondo, como si le costara decir aquello—. Tienes que saberlo. Ya he sido dado de alta. Estoy perfectamente. Y en la residencia, hacen falta huecos, para nuevos pacientes. Me marcho mañana, Lana.

—¡Oh, no!

—Vamos, vamos. No se te meta ahora en la cabeza que te quedas desamparada ni nada parecido. Yo voy a Ginebra y a Zúrich. Luego, iré a Londres. Tú no puedes tardar en ser dada de alta, si tus ojos siguen bien… y tú no excitas tus nervios y empeoras, por supuesto. Te esperaré donde quieras. En cualquiera de esas ciudades, Lana. Y entonces… nos casaremos.

—¡Ken! —Le miró, asombrada—. Pero… ¿cómo puedes decir eso?

—¿No quieres ser mi mujer tal vez, Lana?

—Oh, Stuart, claro que quisiera serlo… Pero me parece demasiado fantástico… Además, tú… tú no sabes nada de mí, apenas me conoces…

—Te conozco lo suficiente. Sé que te quiero y eso basta…; si tú me quieres, naturalmente…

—¡Ken, te quiero! ¡Y no deseo que te vayas! ¡Llévame contigo o espera aquí aún!… —Le rodeó con sus brazos, febril y excitada—. Te lo ruego, Ken querido…

Se besaron en la galería, frente a los grandes bloques, nevados y gigantescos. Luego, Ken la miró dulcemente, oprimió con una de sus manos la barbilla de la muchacha y habló roncamente:

—Sabes que no puedo hacer una cosa ni otra. Debo esperar a que tú seas dada de alta. Y debo marcharme de aquí, porque ya no puedo estar en este establecimiento. Es cuestión de días, Lana… Entonces, volveremos a estar juntos.

—¡Ken, tengo miedo!

—¿Miedo? ¿A los asesinos de Nueva York, a la gentuza de «Lucky» Moran? —rió desdeñoso Ken—. Si vuelves allí, será sólo para prestar declaración y ayudar a la Justicia. Yo iré contigo, y nadie te hará nada… Te lo prometo. En cuanto aquí, nada tienes que temer.

—No sé… No sé si temo a esos pistoleros… o a algo mucho menos concreto y material, Ken…

—Por Dios, Lana, ¿otra vez esos disparates?

—Perdona… Trataré de olvidarlo, de no pensar en ello. Sé que es una tontería. Ahora que Klein ha muerto… no hay razón para que piense en ello…

—Así me gusta —la rodeó de nuevo con sus brazos, fuertemente

—. Ten calma, querida. Todo pasará. Son tus nervios los que te traicionan… y es natural que así sea, después de todo lo que has vivido. Yo procuraré devolverte la paz, hacer de ti una mujer feliz, diferente…

—Sí, Ken. Sólo confío ya en ti…

* * *

Era cierto. Sólo confiaba en él. Y él se había marchado…

Kenneth Stuart ya no estaba en el sanatorio de reposo de las montañas alpinas. Era una baja en el establecimiento del doctor Reinhard. Otros dos pacientes habían abandonado el establecimiento. Y, en la ambulancia de la tarde, llegaron nuevos pacientes para ocupar sus vacantes. Pero era como ver desfilar a seres lejanos y grises.

Lana sólo podía pensar en Ken Stuart, en el hombre de quien se había enamorado, en el hombre cuya proximidad la hacía sentirse más fuerte y más protegida…

Ahora tenía que esperar… Esperar a que pudiera ser dada de alta. Reinhard decía que aún no estaba curada, que precisaba unas semanas más de reposo en el recinto montañoso. Semanas terribles, interminables para ella…

Pero se propuso ser obediente, tranquila, para que la cura fuese completa y sus nervios ópticos, totalmente recuperados, pudieran permitirle el anhelado regreso a la vida.

La vida… La había asustado hasta entonces. Ahora sentíase diferente, mejor de lo que jamás estuvo. Con ilusiones, con esperanzas, con fe en el futuro. Algo que nunca tuvo, hasta conocer al fornido, risueño, inolvidable Ken Stuart…

Pensaba en todo eso, mientras se preparaba en su alcoba, para salir a esquiar una vez más, en las pruebas de firmeza y seguridad que el doctor Reinhard hacía realizar a sus pacientes.

Se ajustó el suéter a su cuerpo escultural, se contempló en el espejo. Sus hermosos ojos verdes volvían a lucir, verdes y bellos, nuevamente dotados de luz y de vitalidad, tras la asombrosa reconstrucción de los tejidos abrasados por el corrosivo, aquella trágica noche en Nueva York…

Pero aún no estaba autorizada a moverse sin las gafas oscuras,

que tanto descanso daban a los ojos. Sentía dolor, un leve y molesto dolor en las pupilas, cuando llevaba demasiado tiempo sin la protección de las gafas.

Las buscó. ¿Dónde las había puesto? No lo recordaba. Quizás en el cajón de su mesilla. Al abrirlo, recordó que no. Debían de estar en el bolsillo del otro pantalón, el que había guardado en el armario y…

No. Ése era el error. Estaban allí, en el cajón de la mesilla, definitivamente. Era raro, pero ahora que lo pensaba, no tenía la menor idea de cuándo pudo guardarlas allí. A pesar de lo cual, había pensado en ellas de un modo mecánico, asociándose subconscientemente con la mesilla.

Se encogió de hombros, diciéndose que eso carecía de importancia. Se dispuso a aplicarse las gafas, para salir de la estancia.

Al mirarse en el espejo, antes de abandonar la habitación, le pareció ver algo raro en su aspecto. Se estudió mejor. ¿Qué era lo que le parecía inusitado en ella?

De repente, cayó en la cuenta. ¡Las gafas! Parecían algo mayores y de distinta forma. Era, era como si no fueran sus gafas. Pero ¿de quién podían ser? ¿Las de Ken? No, tampoco tenían esta forma. ¿A quién le había visto ella antes esas gafas…?

Las apartó de sus ojos sin llegar a utilizarlas, las observó con detenimiento. Un escalofrío la sacudió de arriba abajo, cuando descubrió dos iniciales, grabadas en una de las varillas de las gafas: L. K.

¡Las iniciales de Ludwig Klein!

* * *

Sepultó las manos nerviosas en el bolsillo del pantalón guardado poco antes. Allí estaban. Sus gafas. Las auténticas gafas de siempre.

Contempló ambos juegos. Pero ¿por qué…, por qué? ¿Cómo pudieron llegar a ella aquellas gafas, precisamente las del hombre desaparecido, que fue hallado muerto en la nieve?

De nuevo acudió a su mente el recuerdo de aquella ventana abierta, su absurda pesadilla, su presentimiento de que «algo» había, relacionado con el misterioso loco…

Terminaría volviéndose loca, si todo aquello continuaba. Le dolía que Ken no estuviera, para que comprobase por sí mismo la anomalía de los acontecimientos. Ir al doctor Reinhard con aquella historia, le parecía sin embargo demasiado duro y poco práctico. El médico no la creería, imaginaría que todo eran alucinaciones suyas…

Casi con terror, guardó las gafas del muerto en un bolsillo del pantalón que lucía ahora. Se aplicó las suyas habituales, y descendió para iniciar la prueba de esquí habitual, con los demás. Era algo que a Reinhard no le gustaba demorar.

La mente de Lana era una confusión, un tropel de ideas dispares y grotescas, de cosas sin sentido, que en vano pretendía hilvanar de alguna manera, para darle forma y coherencia.

Le parecía escuchar la voz solemne, grave, educada, del singular personaje, diciendo con total convicción: «Yo veo seres extraños a nosotros… La rodean también a usted… La tocan, sin que usted lo sepa… Están aquí, entre nosotros. Siempre lo estuvieron…».

«Siempre lo estuvieron… siempre lo estuvieron…».

Lana Lake temblaba, con un calor febril en su piel. ¿Veía «realmente» algo el hombre que murió en la nieve? ¿O era un loco con manía persecutoria, que disfrutaba haciendo enloquecer a los demás, con sus disparates?

Resolvió apartar de sí toda idea al respecto. Formó con los demás, para dirigirse a la ladera, y subir, para tomar posición y lanzarse pendiente abajo. Lo que menos le asustaba o inquietaba ya era eso. Otras cosas, mucho más confusas y siniestras, la tenían preocupada…

Aquellas gafas… Aquel hombre, muerto misteriosamente en la nieve…

—¿Cómo van esos nervios, señorita Lake? —preguntó un sanitario a la joven.

—Mejor, gracias —sonrió ella, forzada—. Sólo impacientes, por el día del alta definitiva.

—Todo llegará. Hoy le tocó al señor Stuart, otro día a usted… —Hizo un gesto el sanitario—. Oh, por cierto, que al señor Stuart le hubiera sorprendido saber lo del señor Klein. Pero ya se enterará por los periódicos…

—Enterarse, ¿de qué? ¿Ya le han hecho la autopsia? —Lana se

puso rígida.

—Sí, ya lo hicieron… Dicen que murió congelado, pero que estaba inconsciente al morir, sin que se pueda determinar concretamente de qué; aunque no parecía tener golpe alguno… Pero no me refería a eso. Hay algo más que el resultado de la autopsia, sobre aquel raro individuo, señorita Lake.

—¿Algo más? ¿El qué?

—Le sorprenderá saberlo, tanto como a todos, incluido el propio doctor Reinhard. Pero quizás eso confirme la idea de que todos los sabios terminan locos…

—¿Sabios?

—Sí. Ludwig Klein parece ser que era, en realidad, el profesor Ludwig Klein Hoffernof. Una personalidad mundial en Biología y en Física…, que al parecer sufrió un trastorno mental inexplicable…

* * *

La prueba había terminado. Salió rematadamente mal, pero no solamente a ella. Evidentemente, los nervios habían hecho mella en los pacientes de Reinhard, y el eminente oftalmólogo estaba sinceramente preocupado e irritado.

Durante el descanso, la pesadilla había rondado la mente de Lana. Y también aquella nueva noticia, asombrosa y desconcertante; Klein no había sido un infeliz, sino un biólogo… y un físico notable. Raro personaje para volverse loco de pronto y decir tonterías como aquélla…

Lana Lake se alejó disimuladamente de la ladera por la que descendieran, mientras Reinhard volvía, con otros pacientes, hacia la casa. Lana se fue rezagando, y luego se quedó en la nieve, junto a un bosque de abetos, cubierto por el blanco manto alpino.

Tenía que hacer la prueba. Ahora o nunca. En otro caso, quizá no tendría valor para ello. Aquellas gafas la obsesionaban… Eran algo extraño, absorbente, tentador. Las gafas guardaban un secreto, no sabía cuál…

Se quitó las suyas con serenidad, las guardó. Entornó los ojos, para rehuir el impresionante reflejo solar en la nieve. Le dañaba las pupilas. Tomó, con mano nerviosa, las gafas de Ludwig Klein…

Las aplicó sobre el rostro, cubrió con ellas los ojos entornados;

las afianzó lo mejor que pudo, pese a su mayor tamaño, en ambas orejas. Luego, muy despacio, abrió sus pupilas.

Todo era normal. A través del filtro ahumado todo tenía el color caramelo oscuro que cualquier otra clase de gafas darían, incluida la suya propia. Lo que imaginara no resultaba. No tenían nada de mágicas aquellas gafas.

Ken Stuart había tenido razón.

Su imaginación le jugó malas pasadas, y había llegado a forjar toda una fantasía delirante, sin la menor base sólida…

Lana Lake respiró con fuerza. Era la definitiva prueba negativa. Podía tirar las gafas del infortunado profesor Klein, y volver al refugio, a su vida normal, en espera de quedar fuera de todo problema clínico, en espera de su reencuentro con Ken Stuart… Entonces le diría dócilmente:

—Perdóname, querido. Tú tenías razón. Fui una tonta en imaginar cosas, en crearme una pesadilla inexistente…

Cerró los ojos, fatigada. Llevó las manos a las gafas, para despojarse de ellas, para sustituirías por las suyas, mientras emprendía el regreso a la residencia…

De repente, se detuvo, lanzó un grito terrible, agudo, estremecedor…

Sus ojos dilatados miraron a través de los cristales color caramelo. A través de los lentes de Ludwig Klein…

Ahora era diferente… Ahora sí veía «algo»…

Supo que palidecía, que se tambaleaba, llena de horror y de incredulidad, con la visión grabada en sus retinas, en su mente, con la imagen de «aquello» ante sus ojos…

—¡Dios mío, no! ¡No es posible! ¡Esto no puede suceder! —jadeó, convulsa, estremecida.

Porque aquello era demasiado espantoso, demasiado increíble… Y además aquello se movía. La amenazaba. Estaba avanzando hacia ella… Lana Lake lanzó un nuevo grito estremecedor, echó a correr a través de la nieve, desesperadamente, con sus pupilas invadidas por el horror. Un horror que, como un cerco, también pudo descubrir ante sí, cerrándole todos los caminos…

Supo entonces que todo, absolutamente todo era verdad. Que Ludwig Klein veía lo que los demás no habían visto jamás. «Algo» que estaba en torno suyo, que la rodeaba…, que pronto la tocaría,

sin que nadie, salvo ella misma, supiera de tan horrible, alucinante contacto…

# SEGUNDA PARTE

## ¿DIMENSIÓN…? ¡CERO!

## CAPÍTULO IV

## EL ENIGMA


tuart apagó su cigarrillo. Contempló apaciblemente la serena paz callejera de Zúrich, y luego volvió a leer con lentitud los titulares perdidos en aquella tercera página de un periódico local.

> «EL PROFESOR LUDWIG KLEIN HOFFERNOF, AUTÉNTICO GENIO DE LA FÍSICA MODERNA, DEFENSOR DE DIVERSAS TEORÍAS SOBRE LAS DIMENSIONES HIPOTÉTICAS, Y EMINENTE BIÓLOGO, CUYAS OBRAS SOBRE LA VIDA HUMANA Y SUS MISTERIOS HAN COBRADO GRAN FAMA TIEMPO ATRÁS, APARECE MUERTO EN UN LUGAR DE LOS ALPES SUIZOS. UN LOCO OPERADO DE

CEGUERA ACCIDENTAL RESULTA SER EL FAMOSO SABIO DESAPARECIDO».

Ken Stuart reflexionó, con el ceño fruncido. Era una sorpresa. Una auténtica sorpresa. El creía que el tópico de los sabios chiflados había pasado a la historia hacía muchos años. Algo así como el cuento del judío avaro o de la suegra malvada…

No había podido evitar el pensar en Lana Lake, al leer aquello. Cuando ella lo supiera, si es que no lo sabía ya, sentiría aumentar sus temores y podía ser capaz de cualquier tontería…

Impaciente, tabaleó sobre la mesa de la sala del hotel en que se hallaba. Había pedido la conferencia con la residencia del doctor Reinhard urgentemente. Esperaba que se la concedieran enseguida. Tenía necesidad de hablar con Lana, de calmarla por el teléfono, de alentarla, para evitar nuevas crisis.

Cosa de un minuto después, sonó el timbre telefónico. Rápidamente, Ken tomó el auricular, y llamó con energía:

—¿Residencia Reinhard? ¡Pronto, necesito hablar con la paciente Lana Lake! ¡Yo soy Ken Stuart, llamando desde Zúrich!

Hubo un extraño silencio al otro lado del hilo. Luego una voz aseguró gravemente:

—Yo soy el doctor Reinhard, señor Stuart.

—¡Oh, usted! Disculpe la molestia, doctor, pero quiero hablar con la señorita Lake. Ya sabe, vamos a casarnos cuando ella salga de ahí… Quisiera hablar con ella ahora. He leído algo, y quiero calmarla, antes de que se entere y haga trabajar su imaginación. Es una muchacha excesivamente fantástica, quizá porque el roce con el peligro, en su país, la hizo agudizar su imaginación… y tener cierto sentido de la obsesión persecutoria, sin llegar a ser un caso clínico, por supuesto.

—Sí, algo así había observado ya en ella. Pero nunca creí que pudiera llegar a lo que ha llegado.

—¿Eh? —Ken se sintió inquieto—. ¿Qué quiere decir, doctor? ¿Ha sucedido algo? ¿Ha empeorado?

—Sí, evidentemente ha debido de ser eso. Lamento informarle así, señor Stuart…, pero no puedo llamar a la señorita Lake. No puede usted hablar con ella.

—¿Qué sucede? ¿Está incomunicada acaso?

—No. Ella ha desaparecido. No volvió del ejercicio de esquí de esta mañana… No sabemos dónde está, aunque todo el mundo está buscándola…, hasta ahora sin resultado alguno…

Ken Stuart colgó rápidamente el teléfono. Con el rostro tenso, muy pálido, se movió hacía el mostrador del hotel. Se detuvo allí y señaló al sorprendido conserje.

—Avise con urgencia al teleférico. Vuelvo a la zona alpina, a la Residencia Reinhard… ¡ahora mismo!

* * *

Los policías se detuvieron, enjugándose la frente, apurados. Se miraron entre sí, perplejos. A pesar del frío, el sudor corría por sus rostros.

—Nada —informó el sargento de agentes suizos—. Absolutamente nada. Ella ha desaparecido. Total y absolutamente. Quizá haya caído en alguna grieta, en algún glaciar.

—¿Es que van a abandonar ya la búsqueda? —estalló Ken Stuart, erguido junto al sombrío, ceñudo doctor Reinhard.

—No vemos otra solución, señor —el policía se encogió de hombros—. Aquí, nada resolvemos ya…

—Pero ella tiene que aparecer. ¡No se la puede haber tragado la tierra! —rugió Ken.

—La tierra no, pero la nieve, sí —aseguró sombríamente Reinhard—. Y al que caer, a un ventisquero, un glaciar o una grieta profunda, puede cubrirle la nieve… y no aparecer jamás.

—¡Y morir!

—Sí, Stuart. Es una posibilidad. La esperanza no debe perderse, pero…

—Pero ¡dejaremos que ella se quede ahí, perdida en la nieve, quizá para siempre! —gritó agudamente Ken Stuart, convulso—. ¡No, eso no lo admito yo, no puedo aceptarlo, doctor, aunque me lo juren todos los expertos del mundo! ¡No pararé de indagar, si es preciso yo solo, en busca de Lana Lake! ¡Hasta que no aparezca, viva o muerta, no voy a abandonar la búsqueda!

—Haga usted lo que quiera, señor —suspiró uno de los policías —. Pero no logrará nada, se lo aseguro… Sólo un gran golpe de suerte podría permitirle hallar algo. Además, ella puede haberse

marchado… y estar nosotros calculando lo peor sin el menor fundamento…

—¿Cree que es prudente seguir buscando? —aventuró Reinhard—. La temperatura es muy baja, pronto anochecerá y…

—Nada me importa. Voy bien abrigado. Seguiré buscando, contra todos los obstáculos, doctor.

—Es obstinado, ¿eh, Stuart?

—Mucho más de lo que imagina, doctor. Nadie me moverá de aquí, mientras exista una posibilidad de que ella pueda estar viva… o incluso muerta. Todo será preferible a la incertidumbre, a la duda, a la angustia de no saber, de no estar seguro de nada.

—Tal vez tenga razón. Le ayudaremos, Stuart. Mis enfermeros y yo haremos lo que esté de nuestra parte. Traeremos calefactores eléctricos portátiles, luces… Si es preciso, pasaremos la noche entera buscando…

—Gracias, doctor Reinhard. Le estoy muy agradecido. Y acepto esa ayuda. Creo que voy a necesitarla…

La búsqueda comenzó inmediatamente, con renovado ardor. Los policías, tras anunciar su propósito de retirarse, terminaron por volver, uniéndose también a la batida por todo el territorio nevado, en torno a la residencia del doctor Reinhard…

De súbito, Ken Stuart vio brillar algo entre la nieve, cuando los reflectores portátiles, accionados con pilas eléctricas, de los sanitarios del doctor Reinhard, se fijaron en un punto de la cumbre montañosa, no lejos del desfiladero o Paso de Cristal, donde apareciera muerto Ludwig Klein…

Se precipitó por un sendero nevado, angosto, hasta el borde mismo de un filo helado, profundo… Gritó roncamente, inclinándose para recoger algo del suelo. Algo que alzó entre los dedos contemplándolo fijamente.

Eran unas gafas oscuras. Unas gafas como las de Lana Lake, como las de todos los pacientes del oftalmólogo suizo…

—¡Aquí! —aulló Ken Stuart, señalando al fondo—. ¡Aquí, por favor! ¡Deprisa…!

Avanzaron los hombres, los reflectores, las pilas generadoras de calor eléctrico, para combatir el intenso frío, en la oscura noche alpina…

Los hombres lanzaron una escala de cuerda al fondo de la grieta

helada. Stuart, rápido, se anticipó a todos. Voluntariamente, descendió al fondo de la grieta. Fue un descenso peligroso, erizado de dificultades, por entre dos muros de cristal, que eran puro hielo endurecido durante años, quizá siglos, muros que despedían un helado, duro resplandor azulado, al recibir indirectamente la luz de arriba…

Era como bajar a una tumba de hielo, a un lugar de pesadilla, terrible y silencioso, donde sólo la muerte podía reinar…

La vio. Estaba abajo. Hecha un ovillo, inmóvil entre los bloques de hielo. Aunque muy profunda, visible fácilmente. A la hora del sol, al día siguiente, aun sin hallar las gafas reveladoras, hubiese dado con ella sin dificultades…

La tomó en sus brazos, convulso y estremecido. Aparecía helada, como muerta. Lívida, con una blancura de muerte en su rostro. No parecía respirar. La llevó arriba, salió con ella de la grieta, en medio de la general expectación…

Mantas eléctricas, botellas de coñac, toda clase de métodos reactivos se pusieron de súbito en acción. Ken Stuart, helado y jadeante, exhalando nubes de vapor en cada movimiento de sus labios, asistía, impotente, como una gigantesca, atlética estatua, a los esfuerzos del doctor Reinhard y, sus sanitarios en pro de la muchacha, bien auxiliados por los policías locales.

Por fin, el doctor Reinhard se volvió hacía Ken, le miró fijamente, con expresión grave.

La conclusión llegó. Rotunda, inapelable:

—Lo siento, Stuart… Está muerta.

El estupor, la incredulidad, inmovilizaron, congelaron más aún que el frío de la noche, al joven escultor. Extendió sus manos sensibles, como si quisiera modelar, con sus ateridos dedos, en el aire helado, una imagen eterna, pétrea, llena de vida, de Lana Lake…

—¡Noooo! —gritó dolorosa, desgarradoramente—. ¡Eso no, doctor…! ¡Se equivoca, yo sé que se equivoca…!

—No, señor Stuart —negó un policía, tras cubrir a la bella, rígida joven con una manta—. El doctor dice la verdad. Ella ha muerto…

## CAPÍTULO V

## MÁS ALLÁ DE LA MUERTE




l funeral había terminado.

Se cerró la lápida sobre el ataúd de Lana Lake. La hermosa norteamericana yacía en tierra suiza. Igual que el profesor Klein, muerta misteriosamente en la nieve…

Poca gente asistía a la ceremonia. Todo había sido íntimo, silencioso, recatado.

El doctor Reinhard testimonió su pesar a Ken. Luego Stuart se quedó solo. Salió lentamente del pequeño cementerio alpino, donde se quedaba para siempre la muchacha imaginativa, exaltada y hermosa, la infortunada joven que ya viera tan cerca la muerte, allá en Nueva York, frente a unos gangsters… y ahora la halló definitivamente en Suiza, por razones desconocidas, obsesionada por un misterio que parecía la simple obra de la imaginación de un loco.

Pero que tenía que ser más, algo más. Ahora estaba seguro Ken Stuart de qué Klein y ella murieron por algo. Podía ser simple desgracia. Muerto Klein, la obsesión de creerle dueño de algún pavoroso secreto pudo llevar a Lana a morir en una caída funesta al glaciar.

¿Había sido ésa la explicación de todo? No, Ken Stuart no la aceptaba. Ahora era él quien como contagiado por un viento de locura realmente maldito, pensaba en otras posibilidades… Todas fantásticas, hipotéticas, como las que provocaron la crisis de la infortunada Lana…

El cementerio quedó atrás. Tomó el camino de la población cercana. No quería siquiera tomar un vehículo. Prefería andar, pensar…

* * *

Se acomodó. La biblioteca local era amplia y bien surtida. Suiza era un país que leía mucho. Las obras completas del profesor Ludwig Klein estaban allí, en una reciente edición.

De esas obras, Ken Stuart separó dos ejemplares, especialmente sugestivos para él. Dos ejemplares cuyos títulos le habían atraído como un imán:

> *¿UNA «DIMENSIÓN CERO»?*
> *¿SABEMOS LA VERDAD SOBRE NOSOTROS MISMOS*?

Comenzó a leer.

Al principio, le dolían los ojos por el esfuerzo. Aún estaba reciente su operación y el período de adaptación. Era demasiado pronto para leer en tal proporción. Pero era absolutamente preciso. Leería todo aquello.

Después, si era preciso, volvería a quedarse ciego. No le importaría nada. Sólo una cosa tenía ya importancia para Ken Stuart, después de la muerte de Lana; dar con la posible razón de su muerte. Y si «algo» o «alguien» medió en ella, como responsable directo…, destruirlo sin compasión, aunque fuera lo último que

hiciese en su vida…

El primer tomo era sobre un tema puramente hipotético, en torno a las presuntas Cuarta, Quinta Dimensión… y otra, todavía más hipotética: la «Dimensión Cero», en la teoría de Klein.

El segundo tomo era una cuestión biológica. Y desarrollaba una sorprendente teoría que, de súbito, la mente de Ken ligó con algunos pasajes del libro teórico sobre Dimensiones…

Pero aquello, después de todo, también era una teoría. Y la más audaz y disparatada de todas…

Ken Stuart tomó una rápida resolución.

Investigar hasta el fondo en la vida del profesor Klein.

* * *

Era una pequeña casita en Lausana. Allí había vivido el profesor Klein durante sus últimos años. No lejos del lago, en un paisaje de ensueño. Una bondadosa señora obesa y saludable, atendió a Ken Stuart en su visita.

—¿El profesor Klein? Claro que trabajaba aquí. No, yo nunca supe en qué. Cosas suyas, de sabio lleno de ideas raras… Yo no podía entenderlo. A veces, ni él mismo lo entendía. Unas veces fracasaba, otras daba gritos y saltos como un chiquillo…

—Y cuando el profesor desapareció de repente, ¿recuerda usted claramente qué es lo que sucedió? ¿Tuvo éxitos o fracasos, antes de que eso sucediera? Trate de recordar, señora. Puede ser muy importante…

—Oh, pues tuvo fracasos. Como casi siempre. Luego se marchó un día y… ¡No, espere! —cortó, con ojos azules, muy brillantes en su mofletuda cara—. ¡Ahora recuerdo!

—¿Qué recuerda, señora?

—Él… él estaba trabajando aquel último día, como los dos anteriores, en algo muy tonto; unas gafas.

—¿Unas gafas?

—Eso es. Decía que quería ver. Ver bien, mejor que todos los demás… Yo nunca entendí eso. Él tenía buena vista. Pero se hizo aquellas gafas. Eran oscuras, o me lo pareció. Cuando las terminó, empezó a dar saltos de gozo… y de repente desapareció y no volvió jamás. Hace poco… supe lo que le pasó al pobre profesor…

Ken Stuart asintió, pensativo.

—Señora, ¿podría entrar a ver sus cosas? Tal vez las causas de su muerte queden claras en esta visita mía… Me interesaría ver los objetos, los apuntes del profesor Klein…

—Yo guardé todo, tal y como lo dejó, en el cuarto de los trastos, al ver que no volvía. Tenía que alquilar el taller o laboratorio, o como le llamen, a otros, ¿usted comprende?

—Sí, claro —asintió Ken Stuart—. Lo entiendo muy bien… ¿Puedo verlo, entonces?

—Entre, señor. Mire cuanto guste. Ya me dirá si le sirve de algo…

Ken entró. Al reaparecer y abandonar la casa, dio las gracias a la mujer y dijo que no le había servido absolutamente de nada.

Pero mentía. Ken Stuart había encontrado ya la tercera pista.

Ahora sólo le faltaba saber si aquello podía ser realidad y no una fantasía delirante del profesor Klein. Faltaba la prueba final. Una prueba a vida o muerte.

Sin embargo, no vacilaría. Había llegado al punto en que era imposible retroceder.

Había llegado, sencillamente, ante la incógnita de las muertes de Klein y de Lana Lake, ante el oscuro enigma de las frases incoherentes de un loco… y la existencia de unas gafas con las iniciales L. K.

Las gafas que él encontró al borde del desfiladero donde rescató el cadáver de Lana Lake… Unas gafas que nunca habían sido de Lana, aunque al principio él creyera tal cosa.

Las gafas oscuras de Ludwig Klein. Las gafas que permitían penetrar en el Factor Desconocido…

Quizás en la «DIMENSIÓN CERO»…

* * *

Ken Stuart se detuvo.

Miró en torno. Sólo nieve, picachos de hielo, desfiladeros y paredes congeladas, que parecían de puro cristal, bajo la luz extraña, lívida, de una luz rodeada por un frío halo, en la noche fría, alpina.

Al fondo, en la distancia, el edificio de la estación sanatorio del

doctor Reinhard, sin luces ya, salvo en su porche, siempre iluminado por la noche. Luego soledad, quietud, silencio… Y él, solamente él, erguido y solitario, en medio de la montaña blanca, gélida, herido por un sutil aire del norte, cortante como miles de cuchillos…

Ken actuó lenta, serenamente. Extrajo del bolsillo las gafas oscuras, con las iniciales L. K.

Se las aplicó. Con un sereno, rápido golpe.

Miró a través de ellas, a la noche de un azul frío, oscuro y sutil.

No vio nada.

Solamente la luna más amarillenta, de color caramelo, igual que el nevado panorama alpino…

Luego cerró los ojos, concentró su mente en lo que iba a mirar… Cuando volvió a abrir los ojos… supo que todo había cambiado.

Supo lo que vería. Pero, naturalmente, no podía imaginar que fuera así…

Klein no había sido ningún loco. Él, a través de sus gafas, como en un mágico relato de Las mil y una noches, había sido el hechicero prodigioso que penetró en un «Más Allá» escalofriante, en una Dimensión insospechada…

Sí. Realmente, existían los seres que él decía… Estaban ahora allí, ante él. Rodeándole, ominosos, burlones, implacables. Atroces en su diabólica estructura, allá en su invisible Dimensión, inaprehensible al ojo humano, quizá durante miles o millones de años…

Y, por fin, allí, ante sus ojos, abiertos a la luz de unas formas nuevas… a un mundo aterradoramente poblado por criaturas de otros cosmos, de otra especie, de otra materia, de otra luz y otros colores…

—¡Dios mío! —susurró, haciendo un poderoso esfuerzo para no huir cuando «ellos» avanzaron hacia él, como una legión dantesca y espeluznante de demonios aniquiladores—. Dios mío, «ellos»… ellos saben que les estoy viendo… Y van a destruirme, como destruyeron a Klein, a Lana Lake…

Pero aun así, no se movió. Esperó. Esperó a pie firme, mientras «ellos» continuaban adelante, cada vez más cerca de él, a punto de tocarle…

* * *

Las teorías del profesor Klein, sus cálculos dimensionales habían resultado ciertos. Absolutamente ciertos.

Stuart podía comprobarlo ahora a través de sus propios, dilatados ojos de espectador increíble de la verdad.

Él la había denominado «Dimensión Cero». Si «ellos» procedían de otra Dimensión realmente —y así era, puesto que se movían en un terreno incapaz de ser controlado por el ojo humano—, el nombre dado por Klein era el exacto. Eran… eran como si no fueran nada. Pero si existían, eran «algo» realmente…

Ken Stuart contempló, con horror y asco, sus cuerpos estilizados, largos, vidriosos, como agujas de hielo sinuosas, como gusanos transparentes, incoloros e inmateriales. Se movían en medio de unas brumas azulinas, o quizá verdosas… Pero no era ninguno de esos colores. Era un matiz cromático, lívido y extraño, que jamás vieran antes unas pupilas humanas. Ese vapor, vaho o neblina parecía brotar de los cuerpos de larvas transparentes, con facciones extrañas, como de insectos terrenales…

Saltaban, brincaban, reptaban o se deslizaban con repugnantes retorcimientos, con movimientos espasmódicos. Parecían felices de tener en medio de su cerco a Ken Stuart, de acercarse a él, con el propósito aparente de *engullirlo*, de triturarle…

Pero lo asombroso, lo inaudito, lo escalofriante era que todo aquel mar de entes cristalinos, transparentes, incoloros y vivos, estaban allí mismo. Sobre la nieve, en la que no dejaban huella, en el aire, encima de las rocas, en todas partes… El panorama, a través de las pasmosas gafas, era el mismo… Y, sin embargo, estaban «ellos»… feos y repugnantes, vibrátiles y ávidos como gusanos auténticos. Pero terriblemente más peligrosos y estremecedores, porque su único ojo o lo que fuese, tenía un maldito brillo lleno de inteligencia, de astucia, de entendimiento…

Y aquellos seres, criaturas, insectos o animales, moviéndose en la propia tierra, en el mundo de Ken Stuart, pero invisibles al ojo humano, salvo a través de aquellas lentes prodigiosas, PENSABAN, y pensaban rápidamente y bien… Parecían moverse por puro instinto, a pesar de su ojo. O quizás eran ciegos. Sin embargo, Ken supo que una fuerza mental formidable les movía, en su ámbito sin

color, forma, ni luz perceptible al ojo humano…

La masa de larvas translúcidas le rodeó. Sintió un dogal, un cinturón viscoso, repugnante y frío… pero, sin embargo, estaba seguro de que era todo pura sensación MENTAL y no FÍSICA. No. No podía SENTIR realmente aquellos cuerpos, situados más allá de la vida humana, en un plano o dimensión diferente, invisible e intangible… Pero él experimentaba en su mente las sensaciones de horror, de asco, de repugnancia al contacto viscoso.

Luego, las ideas penetraron en él, en su mente aturdida, golpeada por miles, millones de microondas magnéticas, que formaban pensamientos, ideas, órdenes mentales:

—NADIE PUEDE ENTRAR EN NUESTROS DOMINIOS Y VIVIR… NADIE VUELVE VIVO AL MUNDO DE VUESTRAS DIMENSIONES… ¡NOSOTROS SEGUIMOS DOMINANDO Y CONTROLANDO LAS VOLUNTADES HUMANAS! ¡NOSOTROS SEGUIMOS PROVOCANDO LOS ODIOS, LA MUERTE, LAS GUERRAS, EL AFÁN SATÁNICO DE DESTRUIRSE ENTRE SÍ! ¡ESTA ES LA «DIMENSIÓN» QUE HAS BUSCADO, EXTRAÑO! Y COMO HOMBRE DE LA TIERRA… ¡JAMÁS VOLVERÁS A TU MUNDO NI A TU VIDA! ¡AHORA ERES NUESTRO! ¡NUESTRO PARA SIEMPRE!…

Quiso apartarse de los monstruos frágiles, quebradizos. Agitó sus manos, tratando en vano de aferrados, de triturarlos entre sus dedos. Empresa vana, porque no había punto de contacto, enlace material o físico entre la Dimensión Cero descubiertas por Klein y la suya, tridimensional, de la existencia humana. Sólo contacto moral, sólo sensaciones cerebrales, y nada más…

Luego, Ken Stuart supo que era movido, arrastrado hacia un abismo, hacia el mismo y terrible Paso de Cristal, donde Lana fuera hallada muerta… Cerca de donde también el profesor Klein apareció sin vida…

Se sintió lanzado, empujado hacia el fondo del abismo. Su cuerpo golpeó brutalmente, en los muros de hielo, se derrumbó hacia la grieta de la muerte, como siguiendo el mismo inexorable y fatal destino de la mujer a quien tanto amó.

Era el final. El salto a las tinieblas eternas… o la zambullida increíble en una nueva forma de vida. En la «Dimensión Cero», presentada y preconizada por el genio de un vidente; Ludwig Klein, a quien todos tomaron por loco…

Luego, la nada absorbió a Ken Stuart. Dejó de pensar, de sentir, de ser…

Aquello debía de ser el fin.

## CAPÍTULO VI

## EN LA «DIMENSIÓN CERO»


o era el fin.

Al menos, no el fin de la vida. Ken Stuart seguía viviendo. Se movía, oscilaba en una niebla de aquel raro color verde-azulado, extraño y nunca visto antes, con tonalidades asombrosamente extrañas. Aparte de eso, no existían colores allí.

El cielo era negro. O tal vez ni siquiera era eso. No era nada. Las formas no poseían color. Ni formas propiamente dichas.

Era como yacer en un desierto, en una llanura sin accidentes ni relieves.

Plano todo, infinitamente plano, helado y cristalino.

Hacía frío, un frío que helaba los huesos.

Las ideas brotaban torpes, o no brotaban.

Luego de repente, alguien danzó ante él, como una masa de gas o un globo grotesco. Lo reconoció con dificultad.

Era Ken Stuart…

Sí. No veía mal. Era Ken Stuart… a pesar de que Ken Stuart era él.

Se veía a sí mismo, flotando en el aire, convertido en una sombra, en una silueta vidriosa y flotante, de perfiles desdibujados, oscilantes.

Sólo que no era él lo que veía, sino OTRO KEN STUART.

Una contrafigura. Un «doble», una repetición o imitación de sí mismo.

Primero, era eso; una silueta confusa, borrosa. Luego, fue tomando forma. Era raro. A Ken le recordó el intento de un niño inseguro, tratando de repetir lo que veía al natural, de crear un retrato parecido a la realidad. Y lo curioso era que el supuesto niño iba perfeccionándose con celeridad pasmosa.

Aquella contrafigura suya, tenía ahora color carne, cuerpo, ojos, rostro… Iba COBRANDO FORMA. De repente, la nariz o la boca eran como borrados, diluidos en el aire. Formas vidriosas, aquellas horripilantes larvas transparentes, sin forma ni color, corrían a agruparse, modelando, como en una escultura maldita e imposible, la figura, el rostro, los rasgos fisonómicos suyos, con perfección absoluta…

Ken asistió al final de la creación e imitación de forma humana, dentro de aquel mundo horroroso y difuso en que flotaba, como en un sueño maligno.

¡Había OTRO Ken Stuart!

Flotaba allí, ante él. No hablaba, pero cosa extraña, podía captar sus pensamientos, emitidos sólo Dios sabía cómo, hasta el interior de su mente:

—AHORA, YA EXISTE UN KEN STUART. UN FALSO KEN STUART QUE APARECERÁ MUERTO EN LA NIEVE… COMO LANA LAKE, COMO EL PROFESOR KLEIN, COMO TANTOS Y TANTOS OTROS SERES DE LA TIERRA, DADOS POR MUERTOS DURANTE SIGLOS… PERO QUE REALMENTE NO MURIERON JAMÁS Y ESTÁN EN NUESTRA DIMENSIÓN, SIRVIENDO PARA NUESTRA OBRA MÁXIMA, PARA LA GENIAL EMPRESA DE NUESTRA DIMENSIÓN INVISIBLE A VUESTROS POBRES Y TORPES OJOS… ¡DESTRUIR LA TIERRA TODA, EJERCIENDO INFLUENCIA SOBRE LOS SERES HUMANOS PARA QUE PROVOQUEN GUERRAS,

MATANZAS, REBELIONES, CRÍMENES…! ¡ELLOS SE DESTRUYEN, Y NOSOTROS NOS NUTRIMOS ENTONCES DE SUS CEREBROS MUERTOS, LOS ABSORBEMOS, PARA SER PODEROSOS, INTELIGENTES, LOS AMOS DE NUESTRA DIMENSIÓN, DE NUESTRO COSMOS INVISIBLE…!

La teoría de Klein. Paso a paso. Punto por punto. Los seres infrahumanos, imaginados en la «Dimensión Cero», que todos consideraban una locura, un delirio fantástico de un sabio enloquecido por sus investigaciones profundas y complejas…

Ken Stuart lo recordaba todo. Y también el segundo libro… La posibilidad de una infraraza, capaz de PRODUCIR FORMAS HUMANAS. Incapaz de crear, pero sí de COPIAR.

Ken dominaba sus pensamientos en la medida de lo posible dentro de aquel caos informe y delirante de la «Dimensión Cero», situada, según los cálculos de Klein, en la propia Tierra, ENTRE NOSOTROS…, pero más allá de la banda visual del infrarrojo, en un campo de luz y color inapreciable para el ojo humano más agudo, en una frecuencia luminosa totalmente fuera del espectro conocido y visible.

Las Dimensiones, así, se superponían hasta el infinito, unas entre otras, confluyendo en un mismo plano vital, pero no dimensional… Conviviendo fantásticamente, a lo largo de siglos, de miles, de millones de años… Y esas formas y entes de aquella otra Dimensión, al poder controlar la tridimensional estructura de vida, podían NUTRIRSE DE CEREBROS HUMANOS, absorberlos, provocando muertes, guerras, matanzas, a lo largo del Tiempo, de los siglos y las épocas, hasta convertir su infraraza en algo superior a la especie humana…

Ahora, al acudir a su mundo seres VIVOS, como Klein, Lana o él mismo, forzaron a las larvas invisibles, descubiertas por los cristales de campo infrarrojo y ultrainfrarrojo, creación de Klein, a adoptar formas humanas, a crear reproducciones exactas de los humanos, para devolverlas a su Dimensión, y quedarse ellos con los Originales, con las personas y su cerebro…

Todo eso llegaba nítida, claramente a la mente de Stuart, mientras «viajaba» por aquella especie de humor, vaho o neblina fluorescente, cuajada de flotantes criaturas de la «Dimensión Cero», muchas de las cuales se habían agrupado para formar ahora la

estructura falsamente tridimensional, para fingir su muerte.

Dificultosa, borrosamente, la mente de Ken, dominada por las potentes microondas emitidas por los seres de aquella otra dimensión, no lograba imaginar bien otras cosas tan fundamentales para él, en su normal estado.

Cosas como el hecho de que la auténtica Lana Lake, y no la reproducción exacta, enterrada en Suiza, aún EXISTÍA, aunque secuestrada en un inframundo aterrador, de criaturas supersensoriales, inteligentes y capacitadas ahora para destruir, para filtrarse en el ámbito humano. Su poder, naturalmente, era incapaz de aniquilar a la especie humana, pero, sin embargo, podían OBLIGAR A LOS PROPIOS HUMANOS por presión en sus mentes e instintos, A DESTRUIRSE ENTRE SÍ RABIOSAMENTE.

Quizás era cierta también la teoría de Klein en eso. Quizás «ellos» venían haciendo eso durante siglos y siglos, a través de la historia de la Humanidad. Las grandes guerras, las matanzas, los cataclismos mundiales, debieron nutrir abundantemente a los seres vítreos, de la «Dimensión Cero», con su favorito festín de cerebro, mente o razón humana, absorbida por las células vivientes de aquel mundo alucinante.

Sí. La «Dimensión Cero», jamás sospechada por el hombre, había sido tal y como señalara Klein, considerado como un loco.

«Ellos» estaban en la Tierra, ENTRE NOSOTROS… desde hacía siglos.

Y «ellos» eran responsables de muchas cosas, atribuidas luego, en las crónicas, a la humana perfidia o a impulsos inexplicables y funestos…

La mente de Ken se fue apagando, apagando, borrándose hasta una inconsciencia absoluta… mientras de la «Dimensión Cero», surgía un «nuevo», un «falso» Ken Stuart, que más tarde sería hallado sin vida en el desfiladero, como una víctima más de aquella maldición que parecía seguir a los ocupantes del sanatorio del doctor Reinhard.

Ken Stuart intentó luchar con ese marasmo, con esa borrosa torpeza que le invadía. Pero era como tratar de luchar contra un narcótico. Le venció, reduciéndole a la inconsciencia, a la nada.

Todavía se preguntó si eso no sería la forma de ser absorbida su mente humana por las criaturas de aquella Dimensión a la que

había sido «secuestrado», cuando «ellos» supieron que él les estaba mirando, que él LES VEÍA…

Si era así, era su final, su auténtica muerte, engullida su razón y su conciencia por los horribles gusanos sin forma, color ni materia…

Luego, ni siquiera sintió eso. Ken Stuart, dejó de pensar, de sentir, de ser…

* * *

Seguía flotando.

Flotando dentro de un tubo luminoso, fluorescente, que le envolvía con su luz, de un color entre rojizo y amarillo, que daba a su cuerpo matices extraños. Era una cápsula infrarroja, flotando acaso en los límites dimensionales del campo de luz ultrainfrarroja. Y sus ojos, adaptados a aquella luminosidad, podían ver todo con detalle.

Sin embargo, aunque intentó moverse, no le fue posible.

Estaba inmóvil, rígido, flotando en el humor rojizo de negruras inextricables y sin límites conocidos.

Algo, parecido a una parálisis total, le mantenía inmóvil. Pero podía pensar, mirar, sentir.

No estaba solo.

Otros tres cuerpos flotaban con el suyo en el cilindro infrarrojo. Cuerpos todos conocidos. Rígidos, estirados, como el suyo propio. Igual que si yaciesen en tumbas transparentes, en ataúdes invisibles, muertos en vida.

Reconoció a sus tres compañeros en el recipiente; el profesor Ludwig Klein, con su cráneo pelado, su rostro noble e inteligente… Lana Lake, su amada, Lane Lake, hermosa y cautivadora, como en su propio mundo de tres dimensiones… Y por último…

Era la mayor sorpresa. Porque aquel hombre no estaba muerto, que él supiera. Y le conocía muy bien.

El cuarto hombre flotando en el cilindro… era el doctor Reinhard, el oftalmólogo.

—Nosotros tres hemos muerto —pensó Ken—. ¿Y el doctor Reinhard?

Se sorprendió al sentir el sonido de su voz, retumbando en aquel

cilindro, que parecía infinito, sin principio ni final. O acaso era un cuerpo más allá de lo tridimensional…

No había despegado los labios, no había querido hablar. Sólo pensar… Y allí dentro, en el prodigioso encierro, los pensamientos se hacían sonido, en una transmisión telepática asombrosa.

—Yo no he muerto tampoco en la Tierra, Stuart —dijo el doctor —. Simplemente, están empezando su nuevo plan de destrucción total del mundo tridimensional, con el que han logrado su contacto mental. Todos los hombres y mujeres que elijan, serán «raptados» por «dobles» perfectos, formados por ellos mismos. Son seres polimorfos, y han logrado el traslado físico a las tres dimensiones, de los cuerpos que ellos reproduzcan. Las reproducciones son perfectas, y absorben nuestros pensamientos, ideas y costumbres, logrando así suplir a los auténticos con verdadera perfección…

—Dios mío, Lana… Entonces tú… tú vives aún, en realidad…

—Si esto es vivir… sí, Ken, vivo —musitó ella—. Quise huir, al descubrirles a través de las gafas de Klein, pero «ellos» me capturaron, llevándome a su mundo, y dejando allí una reproducción exacta, para que todos me creyeseis muerta y dejarais de buscar.

—Yo no dejé, Lana. No podía soñar siquiera con que estuvieses viva, y hubiéramos enterrado solamente una contrafigura de falsa estructura humana, pero quería vengarte, si realmente hubo algo anormal en tu final… Por eso leí sus libros, profesor Klein, por eso repasé sus trabajos, sus anotaciones, sus elementos investigatorios.

—¿Todos, Stuart? —preguntó el profesor Klein, con tono sorprendido.

—Sí, todos —asintió Ken—. Entonces supe lo que sucedía, y acudí a las montañas, para descubrir si era posible que sus gafas tuvieran la fantástica utilidad de suplir la limitación de la visual humana, ofreciéndole un campo más amplio, a través de la «Dimensión Cero», como usted la llamó…

—Sí, Stuart. Aquí no hay formas, ni volúmenes, ni colores reales… Virtualmente, para un ojo humano, no hay nada. Pero existe vida, inteligencia y poder mental. En una Dimensión nula en lo que respecta a auténticas dimensiones…, existe la peor amenaza para la Humanidad. Y data ya de tantos siglos…

—Lo imaginé. ¿Qué dirían las gentes, si supieran que asesinatos,

matanzas, guerras y odios, feroces destrucciones y cataclismos, tienen su origen en esa maldita especie que acecha, destruye y absorbe, en favor de su propio desarrollo, hasta llegar a dominar y controlar a TODA la especie humana?

—Nadie lo creería. Resulta demasiado fantástico, a fin de cuentas. —Era Klein el que hablaba—: Por eso decían que yo estaba loco. Yo iba por el mundo con esas gafas. Los seres de la «Dimensión Cero» son ciegos torpes, fuera de su poder mental. No se dieron cuenta en principio de mi intención ni del logro de mi invento. Yo les veía a «ellos», en calles, casas, campos, océanos… Les veía flotar o deambular por todo el mundo, inmunes al choque físico, invisibles al ojo humano o a la fotografía, influyendo con su presencia en las gentes, en las razas y pueblos, en la marcha de los países y de los continentes… Como auténticos parásitos de nuestra especie, que al final tuvieran más fuerza que nosotros y nos esclavizaran a su capricho maligno y feroz… Al final, cuando descubrieron que yo les veía, me eliminaron.

—Han estado entre nosotros, quizás desde el principio del tiempo, y nunca lo supimos… Son como el mal espíritu de la Humanidad…

—No, no data de tanto su presencia —negó Klein—. Pero sí de hace muchos siglos…

—¿Cómo pudieron surgir, nacer, desarrollarse, ser lo que son? ¿De dónde llegarían?

—Mi teoría en eso, Stuart, también era exacta —dijo Klein—. En cada Dimensión o conjunto de dimensiones que forman un plano vital, existen sus sistemas solares, sus mundos, sus razas y sus medios de trasladarse a través de su propio espacio dimensional… Quizá, llevando esa teoría a una estructura total, circular, de dimensiones superpuestas sobre las propias TRES Dimensiones que conocemos, tendríamos un Universo que no es sólo lo que vemos, sino lo que puede ser, MAS ALLA DE NUESTRA LIMITADA PERCEPCIÓN FÍSICA… Planos, capas, esferas de vida diferentes, insospechadas, de hasta diez, cien o mil Dimensiones… y de ninguna Dimensión real, como este plano en que nos hallamos ahora… Todo puede estar en el Universo, y formar Universos diferentes en uno solo, creado por el poder de Dios, y que abarca todas las maravillas, prodigios imaginables… y los que nadie puede

imaginar, porque los designios del Creador son inescrutables. Sólo los hombres, en nuestro concepto pequeño y limitado de las cosas, somos capaces de poner un límite a la Creación misma…

—¿Y esa teoría conduce a…?

—A la verdad indiscutible de que estos seres debieron de llegar de otras galaxias remotas, de lugares infinitamente lejanos, viajando a través de su PROPIA DIMENSIÓN, hasta entrar en contacto con la «Dimensión Cero» de la Tierra, en su plano invisible, y establecerse aquí, al pensar que los «tridimensionales» éramos una subespecie, capaz de darles lo que ellos más necesitan y ambicionan; el poder de la inteligencia.

—Es demoníaco y horrible… Si «ellos» y nosotros no hubiéramos coincidido nunca, el mundo no hubiera sido alterado en su marcha. Pero esos entes voraces, que se nutren de la muerte, provocan más y más muertes cada día, más y más hecatombes y conflictos, para tener donde cebarse después…

Ken Stuart expresaba sus pensamientos con angustiado horror.

—Y, ahora, ¿cuál será el destino del mundo, habiendo logrado ellos INTRODUCIRSE ya en el mundo «tridimensional», con sus falsos seres humanos, copiados de los auténticos? —se quejó Lana Lake.

—No sé —suspiró Ken—. Supongo que es el final inevitable de todos nosotros… Doctor Reinhard, ¿cuándo fue usted «sustituido» por… por la «cosa» artificial que ahora le suple, sin que nadie lo sospechase?

—Justamente cuando lograron descubrir que el profesor Klein les veía, y le eliminaron, raptándole aquella noche, aunque no antes de que el profesor, temiendo lo peor, dejara sus gafas, aparentemente inocentes, en la habitación de la señorita Lake, para lo cual pasó por la cornisa hasta su ventana, que estaba sin ajustar… Entrando en la estancia, dejó la prenda, mientras ella dormía…

—Mientras yo tenía mi pesadilla —comentó Lana, con ironía—. ¡Y pensar que yo sentí miedo de mi tonta pesadilla, cuando el horror real era mil veces peor y más terrible…!

—Eso, nadie lo sabía, Lana —objetó Ken.

—Y ahora que lo sabemos, es demasiado tarde —añadió Reinhard—. Demasiado tarde para salir de aquí, demasiado tarde

para continuar viviendo, para luchar por ello. Y, sobre todo, demasiado tarde para avisar al mundo, para ponerle sobre aviso del fraude monstruoso de que va a ser víctima, que concluirá con su propia y total destrucción, a manos de los seres de otra Dimensión… de una Dimensión, cuya existencia ni siquiera sospechan.

—Nunca es demasiado tarde, doctor, mientras uno sigue viviendo —sentenció Ken Stuart.

—¿Seguir viviendo? ¿Llama usted a esto «seguir viviendo», Stuart?

—Sí, doctor Reinhard. De un modo o de otro, estamos hablando, expresando pensamientos e ideas. Por tanto VIVIMOS. Y, si vivimos, ¿por qué no puede ser posible la existencia de una esperanza, de una posibilidad entre mil, a nuestro favor?

—Porque no la hay, Ken, desengáñese —gimió Reinhard.

—Lo último que debe perderse es la fe. Nosotros hemos sido los elegidos por el Destino para descubrir el mayor enigma de todos los tiempos, una de las más tremendas incógnitas de la Humanidad, después de su Creación. Por la misma razón de que fuimos elegidos para enfrentarnos a esta tremenda realidad nunca sospechada por el hombre, debemos confiar en que Dios, una vez más, estará al lado de sus criaturas. Y si realmente merecemos la Divina ayuda, y el favor de seguir existiendo sobre la faz de la Tierra, ello sucederá, a pesar de todo el poder diabólico e insensible de esas criaturas sin alma ni sentimientos.

La fe de Ken Stuart pareció estremecer y conmover a los demás, dentro de su cilíndrico encierro sin principio ni fin, perdido en la negrura de la «Dimensión Cero» descubierta por el genio del profesor Ludwig Klein.

—Ken, yo creo… —dijo Lana Lake—. Como he creído que llegaría a verte de nuevo, que tú no creerías en mi muerte aparente y me buscarías hasta el final de tus días, si era preciso, creo ahora en la misericordia del Señor, y en Su ayuda. Creo en la necesidad del esfuerzo de todos por luchar, por volver a nuestro mundo y poder abrir los ojos a la especie humana… ¡Creo en todo ello, Ken, y tengo fe en que las cosas no pueden ser tan horribles como se presentan!

—Bendita sea tu fe, Lana —sonrió Ken, con su pensamiento y su

espíritu, aunque no podía mover sus labios, ni músculo alguno de su rostro o su cuerpo—. Si todos tienen esa misma fe, triunfaremos, estoy seguro.

—Adelante, Ken —alentó Reinhard—. Haremos lo que sea preciso, si es que es posible así, en esta situación nuestra de ahora, hacer algo práctico.

—Sí, es posible —aseguró Ken Stuart inesperadamente—. Por eso estoy aquí. Por eso me enfrenté a «ellos». Por eso me he dejado capturar…

Hubo un silencio en su intercambio de pensamientos sonoros. Luego, tras la larga pausa sorprendida, se percibió un suspiro de alivio. Lo había lanzado el profesor Klein.

—Lo sabía —musitó—. Sabía que era así… desde que usted me dijo que examinó TODOS mis trabajos antes de aplicarse las gafas y encararse al mundo de la «Dimensión Cero», Stuart.

## CAPÍTULO VII

## LA ÚLTIMA CARTA



ra evidente que sus pensamientos eran controlados a distancia. Quizás por eso mismo podían expresarlos con sonidos en las mentes de cada uno, a base de alguna supersensibilidad mental, dentro del cilindro.

La prueba de todo ello fue que al asegurar Ken que poseía una posibilidad para luchar por la libertad, y corroborarlo Ludwig Klein con su afirmación, algo sucedió al otro lado del cilindro que les servía de encierro.

Una masa borrosa, sin forma ni perfiles, pero evidentemente viva, se movió. Los cuerpos de los cuatro cautivos del mundo tridimensional, se sintieron lanzados como proyectiles, a lo largo del tubo sin fin, por entre jirones del gas fluorescente, con dirección a algún lugar concreto y desconocido…

Ken Stuart quiso seguir hablando, conectando sus pensamientos

con Lana, Klein o Reinhard, pero era todo inútil ya.

Dentro del cilindro infinito, no se difundieron ahora las voces, ni los sonidos repercutieron en sus mentes.

Sus pensamientos, sus respectivos cerebros, parecían haber sido aislados, por algún sistema ignorado de control mental.

Ken supo horrorosamente que ahora todo dependía de él, no de lo que pudieran hacer en su favor los demás compañeros, reducidos al silencio y al bloque cerebral.

Si pudiera conservar aquella lucidez extraña, aquella perfecta conciencia, en ambiente tan distinto al habitual…

Pero empezaba a notar que las ideas se le borraban, que «algo» hería su mente, como una descarga a distancia, agotando sus energías mentales, reduciéndole a un aturdimiento del que resultaba doloroso salir, aunque sólo fuera para intentar construir una idea o un pensamiento vulgar.

Era la forma de neutralizarle. Los seres de la «Dimensión Cero» habían advertido que Ken Stuart era un enemigo peligroso en su mundo. Y ponían todos sus poderosos medios de controladores de cerebros, al servicio de la anulación total de tan peligroso contrincante.

Si esto sucedía de forma total, Ken Stuart estaba perdido. Y con él, sus tres compañeros de cautiverio.

Y la vida de los mundos tridimensionales también…

Desaparecidos o anulados ellos, ya nada ni nadie podía salvar a la especie humana de su extinción, tras una lenta y astuta suplantación de todas las personas-clave, a lo largo y ancho del mundo, gracias a las humanas marionetas creadas por la materia inconcreta de los gusanos transparentes, en su fantástica imitación del ser humano. Una imitación perfecta y terrible para el destino de los hombres.

Porque aquellos falsos seres humanos tenían absolutamente todo lo que uno real, auténtico. Excepto el alma, el espíritu, la sensibilidad, el corazón…

Y eso era lo que les hacía más peligrosos y feroces. La solapada invasión de autómatas humanos, de seres artificiales, era el principio del fin para la especie humana.

Y nadie podría darles aviso, nadie extendería la voz de alarma, desapareciendo Ken Stuart en la nada de la inconsciencia y la

anulación mental…

* * *

Un enorme embudo, difuso, acogió a los cuatro cautivos. Ken Stuart fue separado violentamente, por una corriente de vaho grisáceo, hacia un extremo del embudo, en cuyas paredes, como auténticas larvas o gusanos, se apelotonaban millones y millones de seres vidriosos, transparentes, ávidamente atentos a la presencia de los cuatro seres de la Tierra.

Los monstruos de la «Dimensión Cero», llegados en un remoto tiempo a la Tierra, quizás como simples semillas invisibles, procedentes de lejanas galaxias y sistemas solares que el hombre nunca hallaría por lejos que llegasen en la conquista del espacio, se disponían a rematar su obra.

Ahora, sabían ya, tras la captación de los reflejos mentales del grupo dentro del cilindro magnético, que Ken Stuart, el más atlético y fuerte de los cuatro cautivos, era peligroso, que podía atacarles, intentar algo por vencer, en un desesperado afán.

Y, en consecuencia, actuaban de forma eficaz para anular el peligro. Ken sería el primero en ser absorbido por los seres vidriosos. Su cerebro, engullido por los parásitos de la desconocida Dimensión, dejaría de funcionar como tal para ir a engrosar la fuerza mental fabulosa de aquellos entes repulsivos y voraces.

Por eso las corrientes automáticas de la Dimensión habían separado, en su Espacio-Masa, a los prisioneros, dejando solo a Ken, a un lado. Los otros tres borrosamente, en su aislamiento mental, sabían lo que iba a suceder. Y se lamentaban de haber caído en la trampa de intercambiar pensamientos.

Pensamientos que habían llegado, fielmente captados, hasta sus diminutos y monstruosos enemigos, en otro lugar de aquella región de pesadilla.

—Lo siento —pensó para sí Reinhard, en su aislamiento cerebral —. Creo que Stuart hubiera podido intentar algo… aunque no sé qué…

—Ken Stuart tenía el arma en sus manos, lo presentí al oírle hablar… —fue el pensamiento inútil del profesor Klein—. Ahora, todo se ha perdido…

—Adiós, amor mío. —Era Lana Lake la que pensaba ahora—. Vamos a desaparecer todos, y quizá sea mejor así. Morir con tu recuerdo es una muerte hermosa, Ken… Sólo siento que tú no te quedes, para advertir a nuestros hermanos, para salvar a la especie humana… y para recordar a la mujer que más te quiso…

Entretanto, en su aislamiento total, Ken Stuart no pensaba nada, absolutamente nada.

De su cerebro, no surgía onda mental alguna. Estaba totalmente paralizado, insensible a las ideas…

Y con él, todo se hundía ya…

Voraces, resueltos, los seres transparentes se movieron como un alud sin forma ni volumen, hacia el cuerpo flotante en el espacio negro del embudo, de Ken Stuart. Los pequeños seres sinuosos, iban a nutrirse. Su avidez era repugnante. Stuart, inmóvil, flotando en la masa negra y gaseosa, no se podía defender, no podía luchar…

La última carta se había perdido. El profesor Klein, el único que realmente la conocía y que no tuvo ocasión de utilizarla, lo sabía y lo lamentaba por todos.

Ya nada podía ayudarles. Su fe había sido estéril aquella vez…

* * *

Las larvas transparentes se posaron sobre Ken, formando una masa en torno suyo, como una rara, extraña, viva envoltura de celofán o de cristal viviente, alrededor de su cabeza, para absorberle, para chuparle toda fuerza de la materia gris, todo poder mental…

Eso sucedía en la «Dimensión Cero», donde nada parecía capaz de evitar el destino terrible de aquellos seres…

Y, justamente entonces, sucedió.

Sucedió lo imprevisto, lo terrible y violento…

Fue como un estallido, un alud llameante, brotando de Ken Stuart, de su cuerpo flotante. Se rompieron, se hicieron pedazos los cuerpecillos transparentes, vidriosos… Fue como aplastar con una apisonadora un centenar o un millar de gusanos. Triturados, dispersos, despedazados, en confusa masa granulosa, se apartó del cuerpo rígido de Ken Stuart, toda la masa de «devoradores» posada sobre él para engullir sus ondas mentales.

Un calor terrible, sofocante, abrasador, formó oleadas en el interior del embudo negro. Los cuerpos cristalinos no alcanzados por aquella especie de explosión, fueron derretidos o se convirtieron en unas raras láminas plateadas, que se hicieron polvo un momento después…

El calor continuó aumentando, formó aludes hirvientes, hizo cambiar los colores y provocó una convulsión extraña en aquel mundo. Fue una oleada impetuosa, rugiente casi, por la propia fuerza de la elevadísima temperatura que, repentinamente, quebró el glacial ambiente, de muchos grados bajo cero, quizá más del centenar, en la «Dimensión Cero», y lo abrasó todo, formó llamaradas, que se consumían con celeridad espantosa, a medida que masas de millones de pequeños gusanos cristalinos eran pulverizados, aniquilados por el calor emitido en ondas poderosísimas, arrobadoras e impresionantes…

Fue aquel mismo calor, al parecer, el que obró el milagro.

Súbitamente, Lana Lake sintió que podía pensar clara, abiertamente…

Y sintió que movía sus músculos, que PODÍA DESENTUMECER SU CUERPO; MOVERSE COMO QUISIERA…

—¡Ken! —gritó, y fue su primer sonido real, tras la reacción milagrosa—. ¡Ken, querido!

Se movían sobre aquella masa, al parecer tan sólida para sus pies como si fuera materia prima tridimensional. Corrió Lana Lake hacia Ken, que también se ponía en pie, cansadamente, en medio del embudo negro, mientras de unos electrodos diminutos, ocultos en sus oídos y cabellos, brotaban centelleos terribles de luz cárdena, de calor eléctrico, generado por potentísimas pilas de dimensiones microscópicas…

Era como si su cuerpo, por un acto de magia asombrosa, pudiera despedir fuego y calor, aniquilando toda aquella fuerza terrible y siniestra que les rodeaba.

También el doctor Reinhard y el profesor Klein habían logrado incorporarse, y corrían a ayudar a Ken, aunque ninguna ayuda era ya necesaria.

Ken estaba libre, total y absolutamente libre de la carga mortífera de «ellos». Y, ahora, los cuatro seres humanos perdidos en una Dimensión que no era la suya, se reunieron, se apiñaron,

formando un bloque compacto, para seguir luchando, si era preciso, por la salvación final…

En torno suyo, ya nada parecía vivir o latir en aquel mundo fantástico y maligno. Los últimos vestigios de vida se extinguían en la distancia, con chispazos cárdenos, al sufrir los cuerpos gélidos de aquel mundo, las descargas termoeléctricas provocadas por Ken Stuart…

—Esto se ha terminado, Ken —musitó el profesor Klein—. Pero ¿y cómo volver ahora a nuestro mundo tridimensional? Hemos aniquilado a millones de esos seres, quizá a toda su especie, pero ¿y el retorno?

—Es cierto, Stuart. Seguimos aquí, en este horrible mundo de tinieblas, sin colores, luces ni formas… —añadió el doctor Reinhard —. Esto es peor que quedarse ciego toda una vida, porque un ciego, al menos, siente la proximidad de los demás, si no regresamos…

Ken Stuart sonrió, dueño de sí. Todavía los electrodos soltaban chispazos cárdenos, con virulencia. Pero ya no parecían necesarios…

—Estamos desplazándonos, amigos míos —musitó Ken—. Puedo sentir la tensión, la tirantez en mis miembros y en mis sentidos, a medida que nos movemos a través del Espacio-Tiempo y del Espacio-Dimensional, hacia nuestro punto en el Espacio, el que realmente nos corresponde. Es… es como volver de un lejano planeta, pongamos por caso, a la velocidad de la luz, si ello fuera posible. Llegamos casi en el acto, pero la distancia dimensional es ingente, en realidad, aunque estemos aquí mismo, sobre la tierra. Nuestras moléculas, nuestros átomos, nuestro ser, es transportado ahora, profesor. Usted lo mencionaba en sus teorías para un viaje ultra-dimensional.

—Pero nunca creí que fuesen sino tonterías —gruñó Klein.

—Pues no lo son. Volvemos, lo estoy sintiendo. La carga de calor eléctrico, tal y como usted señalara, provocó la descomposición en cadena de una Dimensión que no era la nuestra. Ese cataclismo que destruye todo, nos envía a nosotros hacia nuestro auténtico mundo. En realidad, éste es el retorno.

—Y es, a la vez, una hermosa victoria, Stuart —suspiró el doctor Reinhard, todavía sin creer tal maravilla.

—Sí, Ken. Tu victoria… —musitó Lana Lake, de nuevo con vida,

de nuevo a su lado, radiante de belleza—. Tu victoria maravillosa…

—No, Lana. Es la victoria de los humanos, la prueba de que las criaturas de la Tierra, obra del Creador, pueden ser más fuertes que ninguna otra, en su insignificancia, si tienen fe y saben luchar…

—Pero eso no bastaría, Ken —replicó Lana—. Tú parecías vencido, derrotado… y de repente, actuaste como un héroe, como un titán…

—No, Lana. Yo me limité a controlar mis pensamientos, a no dejar un resquicio en mi cerebro, por donde fluyeran las ondas mentales que «ellos» captaban tan fácilmente. Me sugestioné, en un autocontrol cerebral realmente agotador y terrible. Pero resultó. Les hice creer que ya estaba aniquilado, inerme y dejaron de lanzar micro-ondas contra mí. Mi mente quedó libre, pero aparentemente inútil y silenciosa. Y esperé al momento oportuno… para poner en funcionamiento, por medio de mi control mental, las sensibles células electrotérmicas que había ocultado en mi cabello y en mis oídos.

—¿Dónde obtuviste esas células electrotérmicas, Ken? ¿Y cómo supiste…?

—El siguió mis instrucciones y estudios en todo —sonrió Klein, interviniendo—. Cuando habló de que había estudiado TODO, comprendí que traía mis pequeños electrotermos por acción mental, que yo consideraba como arma eficaz contra la «Dimensión Cero». Por la sencilla razón de que los seres de esa Dimensión se movían siempre en lugares de temperaturas glaciales, como las cumbres alpinas; y luego confirmamos que, en su mundo, el frío era terrible, aunque nuestros cuerpos paralizados no lo advirtieran…

—Y resultó —dijo Ken, con un suspiro—. El calor era su gran enemigo. Una reacción electrotérmica, en su ambiente, causó el desastre. Después de todo, el calor y el frío, no pertenecen a Dimensión alguna, sino a todas en general…

—¿Y si las ideas y estudios del profesor Klein hubieran sido erróneos? —aventuró Lana Lake.

—Entonces… todo se hubiera perdido —sonrió Ken Stuart—. Y en ése todo, naturalmente, íbamos incluidos nosotros. Era como un juego, Lana. Un juego en el que yo utilicé la última carta… sin saber el juego del contrario.

—Un juego a vida o muerte. La vida… o la muerte del mundo —

suspiró Reinhard—. Desde luego, Ken, usted tiene razón. Dios estuvo de nuestro lado… o esto jamás hubiera terminado así… En aquel preciso instante, algo parecido a una sacudida intensa les conmovió. Una luz cegadora, virulenta, deslumbró sus retinas. Lana, asustada, abrazó a Ken, con un grito ronco, estremecido.

Después, nada. Perdieron la noción de todo. Volvieron a hundirse en la nada, sin saber qué había sucedido…

# CONCLUSIÓN

## CUANDO TODO TERMINÓ

# I

## EN SUIZA

—Ya se encuentran mucho mejor… Dentro de unas horas, podrá decirse que no guardan la menor huella de la congelación ni del *shock* sufridos…

—En realidad, ya estoy bien, doctor —aseguró Ken Stuart al médico de la policía, inclinado sobre ellos—. ¿Todos los demás están bien?

—Sí, perfectamente. Pasada la primera sorpresa al descubrir entre ustedes al profesor Klein y a la señorita Lake, oficialmente sepultados en territorio suizo, hemos actuado rápidamente, impidiendo complicaciones. Pero nos gustaría que nos explicaran cómo es posible la existencia de dos personajes iguales… y por triplicado: Klein, la joven americana, el doctor Reinhard, cuyo «doble» escapó cuando íbamos a prenderlo, y ha desaparecido en las montañas…

—No se preocupen por él —sonrió Ken—. Seguramente morirá, sin que su cuerpo aparezca jamás… ¿No le ha contado ya el profesor Klein lo que…?

—Oh, sí, pero resulta una historia fantástica, realmente absurda. Imagino que ha debido de sufrir una alucinación y…

—No, doctor. Nadie ha sufrido alucinaciones. Si nos pregunta, nuestros relatos serán exactamente iguales… y sin la menor alteración de la verdad. Es cierto. Venimos de otra Dimensión, y hemos vivido la aventura más increíble, y asombrosa en la historia de la Humanidad, puedo asegurárselo. Ahora, ya de regreso, lo imprescindible es revelar a las autoridades lo que sucede, localizar a

los falsos seres humanos introducidos en nuestro planeta, y aniquilarlos sin contemplaciones. Existe un medio de lograrlo; el calor. Algo que no se resisten en la «Dimensión Cero», doctor…

—Dios mío, si no fueran personas serias, fuera de toda duda, las que me refieren todo eso, diría que sufren un ataque de locura colectiva… —jadeó el médico, estupefacto—. Cuando les encontramos inconscientes, al pie del desfiladero del Paso de Cristal, pensé que se habían extraviado en una excursión, hasta que les reconocí y vi, con auténtico estupor, que unos estaban muertos y el otro, el doctor Reinhard acababan de verlo en su sanatorio. Creí volverme loco, y luego resulta que todo ello no es nada, en comparación con lo que ustedes me refieren ahora. ¿Creen que alguien va a darles crédito en esa historia?

—No tienen más remedio —aseguró Ken gravemente—. Es la historia de un peligro real, que ha existido siempre, desde hace cientos de años. Y que solamente ahora ha sido descubierto, por puro azar del Destino… O quizás porque Dios así lo quiso a fin de que en lo sucesivo, a partir de ahora, el mundo sea mucho mejor y se destierren las guerras, las crueldades y los odios, que esos entes de otra Dimensión provocaban en nosotros, controlando nuestros sentimientos más viles y excitándoles, llegado el caso, para nutrirse de las víctimas caídas en los cataclismos.

—Cielos, nunca oí nada tan fantástico —se quejó el doctor—. Pero supongo que terminaré por acostumbrarme a todo eso, a fin de cuentas…

—Seguro. Usted, y el mundo entero habrán de habituarse a ello —cambió una mirada con Lana Lake, tendida en otro lecho. Añadió, con un suspiro, dirigiéndose a ella—: Lana, evidentemente no saldrás nunca de líos. Has nacido para sufrir temores y pasar malos ratos, querida…

—Oh, no digas eso. Pasé terrores antes de ahora, pero se terminó.

—No lo creas Después da lo de Nueva York y tu ceguera, la operación la convalecencia… y el viaje a la «Dimensión Cero». Allí, lo que parecía el fin… y el retorno a la vida. Para volver al lecho, con médicos y todo eso… Y después, declarar en los Estados Unidos de nuevo, casarte conmigo…

—Todo eso no tiene ya importancia —sonrió la joven—. Lo de

Nueva York, ahora, incluso con «Lucky» Moran enfrente, será algo maravilloso y amable, al fado de lo que he vivido, Ken… Si te he de ser sincera, sólo una cosa de mi futuro me asusta.

—¿Y es…?

—Casarme contigo —rió ella, de buena gana.

A Ken Stuart le hizo gracia la salida de Lana. Y también se echó a reír.

—No lo comprendo —gruñó el médico suizo, rascándose la cabeza—. Lo último que se me ocurriría a mí, viniendo de donde ellos vienen, sería gastar bromas y echarse a reír…

Ese comentario, todavía excitó más la hilaridad de Ken Stuart y de su prometida…

# II

## … Y EN LOS ESTADOS UNIDOS

Señorita Lana Lake, este tribunal del Estado de Nueva York, la cita a declarar para que testifique, en un proceso aplazado, por doble asesinato. Usted, tras su ceguera, recuperada la vista, ¿puede identificar en esta sala al hombre que disparó sobre las dos personas asesinadas en la Calle Noventa y Dos?

—Sí, señor —asintió Lana, mirando serenamente al fiscal.

—Señálelo, si lo ve en esta sala.

Sin vacilar, ella miró hacia Joey Carruthers, que se removió inquieto. Los verdes ojos que «Lucky» Moran y sus esbirros creyeran haber apagado para siempre, se clavaron en Carruthers. Y su dedo señaló luego, diciendo:

—Aquél… Joey Carruthers fue. Puedo jurarlo.

El revuelo fue enorme. Entonces, el fiscal todavía machacó más, al preguntar:

—¿Y va a ser capaz, señorita Lake de reconocer también a los dos hombres que, disfrazados de policías, intentaron cegarle con un ácido arrojado al rostro?

—Sí, señor —afirmó ella—. Son aquellos dos.

Fue el pandemónium. En la sala, se armó un escándalo tremendo. El índice acusador de la bella Lana, recuperada para la vida y la vista del mundo en que vivía, señalaba resuelta, audazmente… a «Lucky» Moran, en persona, y a uno de sus hombres de confianza.

—Moran fue quien arrojó el ácido a mi cara —afirmó ella.

El pistolero trató de escapar. Un policía disparó sobre él.

Cayó herido, en medio del corredor. Lana Lake se incorporó, pálida, pero serena. Un periodista corrió hacia ella, eludiendo el intento de un policía para detenerle. Preguntó a la joven a bocajarro:

—Señorita Lake, ¿no le asusta haber desenmascarado a gente tan peligrosa?

—¿Asustarme? —Ella rió, divertida—. No, eso es difícil. Para una mujer que ha vivido lo que yo viví, y ha viajado a una Dimensión desconocida y terrible, para evitar un gran desastre a la Humanidad, ¿qué miedo pueden causarle un puñado de pobres pistoleros? Dígalo así en su periódico…

El periodista se alejó, feliz por la declaración obtenida. Ken Stuart, rápido, corrió a recoger a su prometida. Carruthers, Moran y los demás eran arrestados por la policía, tras la contundente declaración oficial de la joven.

—Bueno, otro asunto terminado —sonrió Ken, llevándola consigo—. Y otra Dimensión peligrosa, la de los criminales, destruida por tu acción, Lana. Eres una criatura maravillosamente valiente y decidida.

—No digas eso —suspiró—. Siempre tuve un miedo terrible a todo, tú lo sabes. Desde que te he conocido a ti, eso se ha terminado, Ken.

Oprimió con calor el brazo del joven escultor inglés. Salieron del tribunal, en medio del clamor y la expectación de la multitud. Los fotógrafos tiraban abundantes fotografías.

Ken, cuando se hallaron dentro de un moderno turbo-móvil, fuera del tribunal, y se alejaban hacia Broadway, comentó:

—El mundo nunca escarmentará, Lana. Después de un suceso como el descubrimiento de criaturas de otra Dimensión, que conmovió la opinión pública, la gente aún se ocupa de un vulgar proceso por asesinato. Me pregunto si para esto valdría la pena de haber ido a la «Dimensión Cero», a jugárselo todo contra aquellos monstruos…

—Todo lo que se hace por los demás, vale la pena, Ken. Sólo qué a veces, ¿sabes una cosa?

—¿Qué, querida?

—Pienso que todo aquello pudo no ser verdad. Que fue un sueño, una pesadilla terrible, que terminó con el sueño, para no

volver jamás.

—Sí, yo también lo pienso. Pero todos sabemos que existió. Y que, posiblemente, algún día la Humanidad tenga que enfrentarse de nuevo con los seres de otra Dimensión desconocida… O con adversarios llegados de remotos planetas, implacables y crueles…

—Sí, Ken, amor mío. La lucha nunca cesa, desde que el mundo es mundo. Pero ahora, dejemos que sean otros los que la resuelvan y cuidémonos de nosotros mismos, querido… ¿No crees que ya será suficiente?

—Suficiente… para toda una vida, Lana mía… —asintió Kent Stuart.

Se inclinó sobre ella, la rodeó con sus brazos, y sus labios se unieron fuertemente.

Habían vuelto a la luz, a la vida, a la felicidad… No podían pedir más. Después de todo, el mundo seguía siendo hermoso. Valía la pena vivir en él. Quizá porque poseía la Dimensión menos concreta y más hermosa de todas; el amor.

Una Dimensión que jamás querrían ellos abandonar.





Escena de la película TUVE QUE MATAR
(Warner Bros)

**Precio en España: 7.- ptas.**



ENRIQUE
SÁNCHEZ
PASCUAL.
Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo

de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.